

LA MIRADA DEL OTRO: LA VISIÓN FENOPÚNICA EN LAS *HISTORIAS* DE POLIBIO PARA EL PERÍODO DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

Treball Final de Master Recerca (TFMR)
M.U. Mediterrània antiga

Javier Ruiz Santamarta
Directora Dra. Glòria Munilla Cabrillana

Especialidad Mundo Grecolatino

Barcelona, 2017

RESUMEN

La historia que conocemos está impregnada de alteridad. A partir de las Guerras Médicas se generó la idea del bárbaro como método de representación del "Otro", una idea que fue evolucionando hasta época romana. En este trabajo analizaremos cual era la visión que tenían los romanos de los cartagineses para el período de la Segunda Guerra Púnica a partir del estudio de los textos de Polibio de Megalópolis.

Palabras clave: Bárbaro, alteridad, Segunda Guerra Púnica, Polibio.

ABSTRACT

The history we know is impregnated with otherness. From the Persian Wars the barbarian concept was generated like a representation method of the "Other", an idea that was evolving until Roman time. In this work we will analyze what was the Roman vision about the Carthaginians during the Second Punic War through the study of Polybius of Megalopolis texts.

Keywords: Barbarian, alterity, Second Punic War, Polybius.

ÍNDICE

1.- INTRODUCCIÓN	4
2.- OBJETIVOS Y JUSTIFICACIÓN.....	5
3.- METODOLOGÍA	7
4.- MARCO TEÓRICO	8
5.- LA MIRADA DEL OTRO.....	11
5.1.- ANTECEDENTES: DEL BÁRBARO GRIEGO AL BÁRBARO ROMANO.....	11
5.2.- EL BÁRBARO EN LAS FUENTES	17
5.3.- ALGUNOS ASPECTOS A TENER EN CUENTA A LA HORA DE ABORDAR LA OBRA DE POLIBIO	19
5.4.- EL MUNDO FENOPÚNICO EN LAS HISTORIAS DE POLIBIO	22
5.4.1.- REFERENCIAS A TRAVÉS DEL MUNDO CARTAGINÉS.....	22
5.4.2.- REFERENCIAS DIRECTAS CONTRA LOS PÚNICOS	28
5.4.3.- REFERENCIAS A TRAVÉS DEL MUNDO ROMANO.....	30
6.- CONCLUSIONES	34
7.- BIBLIOGRAFÍA	36

LA MIRADA DEL OTRO: LA VISIÓN FENOPÚNICA EN LAS *HISTORIAS* DE POLIBIO PARA EL PERÍODO DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

1.- INTRODUCCIÓN

“La historia la escriben los vencedores”. Frase célebre del escritor George Orwell, autor del libro *1984*, y sin duda de sobra conocida, que nos viene a decir cómo la historia que conocemos es la que ha sido escrita por los aquellos que vencieron, donde se hace un relato por y para los vencedores, dejando a un lado la visión de los vencidos y en la cual solo los primeros tenían cabida. Observamos pues la existencia de una fuerte voluntad por engrandecer el papel de los protagonistas frente a sus enemigos, un sentimiento de alteridad constante en la mayoría de narraciones que han llegado hasta nosotros y cuyo origen debemos remontar a la Grecia clásica.

Como bien indica García Moreno (2007: 33-34) acerca de esta alteridad, hablamos de una conciencia de superioridad que consiste en representar a los vecinos de frontera como gentes de costumbres estafalarias y aberrantes, cuyos vicios son convertidos en falsas virtudes. Esta perspectiva se hace necesaria en muchos casos como elemento distintivo mediante el cual un pueblo forja su identidad diferenciándose del resto, negando así cualquier préstamo de otra sociedad o cultura. Su objetivo con esto es minimizar la imagen de los demás con el fin de conseguir una posición propia de superioridad.

Este proceso lo encontraremos por primera vez reflejado durante el transcurso de las denominadas Guerras Médicas, conflicto que enfrentó a las ciudades-estado griegas contra el imperio aqueménida y donde, con la intención de abanderar bajo un mismo estandarte al resto de ciudades de la Hélade, los atenienses llevaron a cabo la creación de esta imagen del “bárbaro persa”, mediante la cual equiparaban bajo una misma denominación, ya no solo a aquellos que no compartían su lengua, sino a todos los considerados “no griegos”, fuesen enemigos o no. Desde este momento, el “bárbaro” se convertía en el extranjero, en el “otro”, y por tanto en el enemigo al cual debía vencerse. Esa visión iría adquiriendo paulatinamente distintos matices e interpretaciones; un proceso evolutivo cuyo auge se alcanzará con la llegada del mundo romano como heredero directo de la cultura helena.

La cultura romana está impregnada de estas referencias de alteridad. Nuestro objetivo es localizar algunas de ellas centrándonos en un período concreto, como es el de la Segunda Guerra Púnica, y analizar su utilización pudiendo así determinar cuál fue el proceso evolutivo del concepto pero centrandolo nuestro interés en aquellas referencias que se encuentren directamente enfocadas al mundo feno-púnico.

Para los historiadores de la Antigüedad en particular (y para mucha gente en general) la Segunda Guerra Púnica siempre ha estado rodeada de una especie de aura de misticismo: el cartaginés Aníbal cruzando los Alpes con sus elefantes y llegando a las puertas de Roma, la férrea defensa romana y las campañas de Escipión el Africano en

Hispania, etc.; un interés cuyo mejor reflejo lo presenta la innumerable bibliografía existente que ha trabajado algún aspecto del enfrentamiento desde multitud de puntos de vista. En este estudio hemos optado por centrarnos en una de estas líneas de investigación, con la intención de determinar la importancia que pudo tener el papel de la propaganda enfocada al mundo fenopúnico en los relatos de Polibio de Megalópolis, uno de los diferentes autores grecolatinos que escribieron acerca del período mencionado. Por este motivo analizaremos dichos textos buscando la posible utilización de estas referencias e incidiendo en la forma en que fueron tratados los “otros”.

Nuestro estudio se iniciará retrocediendo hasta la antigua Grecia con el fin de sintetizar y analizar en profundidad la creación y la evolución del término y su significado desde la perspectiva griega, considerando a su vez con que matices llegó hasta época romana. Para ello trabajaremos con distintos autores que han trabajado el tema en ambas épocas, pues creemos conveniente disponer de los suficientes elementos con que contrastar nuestra información a la hora de abordarla. A continuación, nuestro enfoque se centrará en el examen de los trabajos realizados en busca de elementos de alteridad en otras obras de la cultura clásica que nos apoyen en nuestra investigación para finalmente ocuparnos de la obra de Polibio, eje central de nuestro estudio y a partir del cual esperamos dar a respuesta a nuestros planteamientos. Para ello, trataremos primero algunos artículos cuyo objetivo sea el prepararnos las bases necesarias para profundizar el máximo posible en la obra del de Megalópolis.

En definitiva, el presente trabajo pretende ser entendido como un compendio de los conocimientos y experiencias aportados durante el desarrollo del Màster Universitari de Mediterrània antiga impartido por la Universitat Oberta de Catalunya conjuntamente con la Universitat Autònoma de Barcelona (UOC-UAB) y mediante el cual esperamos contribuir a la investigación actual, aportando así nuestro pequeño grano de arena a la difícil comprensión de un período tan “oscuro”¹ como fue la Segunda Guerra Púnica.

2.- OBJETIVOS Y JUSTIFICACIÓN

La elección del planteamiento de nuestra investigación recae en dos vertientes diferentes: una de tipo personal y una desde el punto de vista académico. Por un lado, el período de la Segunda Guerra Púnica siempre ha tenido un interés inherente para nosotros en varios de sus aspectos. Es un período caracterizado por ser algo “oscuro”, es decir, la información de la que disponemos es bastante escasa (en comparación con la de otros períodos) entorpeciendo en muchos casos su estudio, y en donde las fuentes principales, escritas en períodos posteriores y cuyos datos deben ser cotejados con cautela, han llegado hasta nosotros de forma fragmentada. Es quizás esta “oscuridad” a la que nos referimos lo que ha hecho que para nosotros sea un

¹ Hablamos de período “oscuro” en referencia a la falta de información que se ha dado en muchos casos a la hora de abordar un período como este, pues no olvidemos que la mayor parte de la información que disponemos del mismo nos ha sido proporcionada por autores que escribieron sus obras en épocas posteriores.

período aún más interesante. De hecho, ya en un trabajo anterior nos propusimos el objetivo de recabar información acerca de los ejércitos de las dos facciones encontradas² con el fin de determinar las similitudes y diferencias entre ellos que determinaron las consecuentes victorias. A pesar de ello, nuestro estudio se nos presentaba incompleto por el hecho de abordar el tema únicamente desde el punto de vista militar, dejando a un lado otras perspectivas relevantes para el desarrollo de los acontecimientos como puede ser la utilización de la diplomacia o el uso de la propaganda, por ejemplo. Por este motivo nos hemos propuesto analizar dicho período desde uno de estos enfoques, permitiéndonos de esta forma adquirir una óptica más completa de la globalidad del enfrentamiento.

En lo que a la otra vertiente de nuestra motivación, hoy en día se han llevado a cabo distintos estudios acerca del tratamiento de la alteridad en el mundo romano. Trabajos como los de Rita Lizzi (2013) o Álvaro Moreno Leoni (2012) son un claro ejemplo de la corriente historiográfica que se está llevando en los últimos años acerca de este tratamiento de la alteridad, enfocando sus obras en el uso de la misma y en la evolución del arquetipo del “bárbaro griego” hasta convertirse en el “bárbaro romano”. Sin embargo, es importante destacar que hasta el momento se han trabajado ciertos períodos de la Historia romana, como la época imperial (Castellanos, 2006; Sanz, 2009; Lizzi Testa, 2013), u obras concretas, como el caso de *La Guerra de las Galias* de Julio César (Ames, 2004), pero no disponemos de un análisis en profundidad del tema centrado exclusivamente para el período citado. Por este motivo, el objetivo principal de nuestra investigación pasa por recopilar y examinar la información facilitada por estos y otros autores que han trabajado el tema desde sus distintos ámbitos, permitiéndonos así que, junto a un examen exhaustivo de la obra polibiana, podamos extraer ejemplos y referencias que nos permitan establecer la existencia de un factor de alteridad en el mundo romano para el período de la Segunda Guerra Púnica.

El objetivo principal que esperamos alcanzar con la realización de nuestro estudio se resume en:

- Dar respuesta a la pregunta ¿cuál era la visión que nos presenta Polibio con respecto al “otro” para el período de la Segunda Guerra Púnica?

Esta idea, a su vez nos permitirá establecer otra serie de objetivos de menor calibre pero no por ello menos importante:

- Dilucidar acerca de la existencia de una idea con las mismas características del pensamiento heleno o, al contrario, la visión ofrecida por los romanos tuvo otros matices que la diferenciaban de ésta.
- Localizar si la idea romana en conjunto era un pensamiento estático o, por el contrario, estamos ante una idea del todo dinámica que evoluciona con el paso del tiempo.
- Albergar el grado de influencia que tuvo el pensamiento generalizado de época romana en el desarrollo de las *Historias* de Polibio.

² RUIZ SANTAMARTA, J. (2012): “El ejército escipiónico: un nuevo modelo de ejército romano.” (Trabajo Fin de Carrera inédito) Univesitat Autònoma de Barcelona.

En definitiva, una vez finalizado nuestro trabajo esperamos poder disponer de la información suficiente para alcanzar dichos objetivos.

3.- METODOLOGÍA

Los objetivos de nuestra investigación se centran en la recopilación de referencias acerca de la alteridad en el mundo romano y de la visión del “otro” que pudieran tener. Por este motivo el trabajo llevado a cabo estará centrado en:

- Utilización, estudio y análisis de datos de distintas fuentes documentales, tanto en formato papel como a partir del uso de medios digitalizados.
- Lectura crítica de fuentes secundarias que nos aporten la suficiente información preliminar para disponer de un enfoque óptimo.
- Lectura crítica y minuciosa de los libros III, IX, X, XI, XIV y XV de las *Historias* de Polibio con el fin de localizar todas aquellas referencias de alteridad presentes enfocadas al mundo fenopúnico.

Sin embargo, es importante definir dos tipos de fuentes que determinaran los resultados adquiridos. Por un lado, trabajaremos los textos de los autores grecolatinos más relevantes para el estudio de la Segunda Guerra Púnica. Nuestras fuentes principales serán Polibio, Tito Livio y Apiano, aunque no descartamos la utilización de otros clásicos como pueden ser Diodoro Sículo, Plutarco o Estrabón. Como podemos observar en un primer vistazo, trabajaremos con autores totalmente dispares en muchos aspectos, con orígenes distintos, que escribieron en épocas y contextos muy variados y cuyas obras estaban destinadas a públicos totalmente opuestos. Por esta razón debemos ser muy precavidos a la hora de abordar la obra de uno u otro autor, comenzando por conocer estos detalles que fácilmente influyeron en sus escritos y los cuales pueden afectar a nuestra comprensión de los mismos. Por otro lado existen otros factores influyentes y no menos importantes como son las características formales de las propias obras. Nos referimos a elementos como la fragmentación de algunos textos que dificultan su entendimiento o las posibles transposiciones y traducciones a las cuales se han visto sometidas que pueden, en muchos casos, haber modificado el propio concepto. Estas y otras propiedades deben ser consideradas a la hora de analizar estos escritos, donde la utilización de una lectura crítica junto a una continua contrastación de las fuentes se hacen del todo necesarias, permitiéndonos así establecer una directrices lo más fiables posibles.

El segundo bloque de fuentes documentales trabajado se basa en todo un compendio de trabajos y estudios de autores contemporáneos que abarcan temas tanto acerca del origen del ideal del “bárbaro”, como de su evolución, su implantación en diferentes períodos de la historia romana o sobre otros temas de índole más general. El objetivo de estas lecturas será el de establecer unas pautas iniciales y de corte más general, cuyo análisis exhaustivo de las mismas nos concederán los conocimientos necesarios acerca del ideal de alteridad a partir de los cuales abordar el desarrollo de nuestra investigación.

Como ya mencionábamos anteriormente, actualmente no existe una aproximación al período mencionado, otorgando así a nuestra tarea cierto aire de responsabilidad por nuestra parte. En este sentido, un análisis en profundidad de las diferentes fuentes, tanto desde el punto de vista de contenido como desde una óptica crítica, se nos presentan como fundamentales para el desarrollo de un trabajo que esperamos sirva como parte del armazón académico que conforman los estudios actuales acerca del período de las guerras púnicas, a la vez que esperamos establecer nuevos fundamentos para futuros estudios sobre el período y abrir nuevas líneas que permitan futuras investigaciones sobre el proceso.

4.- MARCO TEÓRICO

Nuestra investigación gira en torno al término de “alteridad”, una alteridad que cómo indica García Moreno (2007, 33-34) inauguran los griegos como herramienta a partir de la cual los griegos forjaban su propia identidad mediante la utilización de una fuerte conciencia de superioridad. En este sentido, era de vital importancia el requisito de disponer de una identidad opuesta a partir de la cual crear una propia. En definitiva, serán estos helenos los encargados de forjar el ideal del bárbaro como símbolo de representación del “otro”³.

Es del todo generalizada entre el mundo académico identificar la Guerras Médicas como el momento álgido en el proceso de creación del “bárbaro”, entendido a partir de aquí como la alteridad al concepto que tiene de sí mismo un mismo pueblo o comunidad. (Guzmán Armario, 2003: 334) Es por este motivo que se han considerado las Guerras Médicas como el conflicto pionero en el uso programado de un elemento propagandístico tan poderoso y peligroso a la vez como el discurso étnico. (Cardete, 2011: 121) Cardete (2011, 122) articula a la perfección su discurso alrededor de esta idea y de la importancia del enfrentamiento greco-persa como punto de inflexión en la elaboración de un “Otro” y un “Nosotros” perfectamente definidos.

No obstante, nuestro enfoque se centra en el bárbaro romano, heredero directo de este bárbaro griego, pero cuyas connotaciones irán evolucionando con el tiempo donde, manteniendo la raíz de ese sentimiento de superioridad, la diferencia entre ambos términos se irá viendo acrecentada⁴. De hecho, la diferencia básica que encontramos entre la definición griega y la romana es el proceso de romanización. Para Roma, aun manteniendo la representación de lo negativo y un fuerte componente peyorativo, éste podía integrarse en su comunidad siempre y cuando fuese beneficioso para el Estado. (Guzmán Armario, 2003: 332) Ahora, sin embargo, no siempre hablamos del mismo bárbaro, sino que evoluciona, pasando la definición de un pueblo a otro.

³ Debido a la innumerable bibliografía disponible acerca de dicho tratamiento, hemos creído conveniente destacar dos obras que marcaron un antes y un después para su estudio: HARTOG, F. (1980): *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, Paris; HALL, E. (1989): *Inventing the Barbarians. Greek self-definition through tragedy*, Oxford.

⁴ Actualmente existe, de forma generalizada, la idea de que el bárbaro, por unos motivos u otros, debe entenderse como un elemento necesario tanto para griegos como para romanos.

Son reveladores al respecto los trabajos de Cecilia Ames (2004: 118) y Guzmán Armario (2003: 334-336) acerca de la obra de Julio César (*De Bello Gallico* –La Guerra de las Galias-) en la cual quedan perfectamente establecidas una serie de diferencias entre los distintos grupos de bárbaros, elaboradas en función a su disposición a ser o no integrados en el mundo romano. Se establecía así una especie de jerarquización de la barbarie en función de dicho concepto. Paralelamente, Sánchez Moreno y Aguilera (2013: 225-227) también se posicionan a favor de dicha jerarquización. De hecho, nos presentan la conquista romana de la Península Ibérica como un proceso heterogéneo, donde cada caso y cada pueblo deben ser tratados desde un punto de vista particular. Es por este motivo que destacan el requerimiento de una contrastación, tanto arqueológica como antropológicamente, que demuestre qué trazas de los tópicos utilizados para definir a cada uno de estos son pueblos son o no realidad. (Sánchez Moreno y Aguilera, 2013: 230)

A pesar de que nuestra investigación estará centrada en un momento complicado, como fue la época de la República, son muy interesantes los trabajos de Rita Lizzi y Santiago Castellanos acerca de la evolución del término hasta época imperial y tardo-romana, aportando nuevos enfoques a nuestro proyecto. Mientras que Lizzi (2013: 77-81) se centra en cómo paulatinamente los bárbaros, mediante el proceso de romanización, fueron haciéndose eco dentro de la sociedad romana hasta el punto de considerar que fueron los verdaderos conquistadores del Imperio, pero desde su interior; Castellanos (2006: 245) analiza la evolución del término, centrándose en su implantación en época romana y en cómo, con la llegada del cristianismo al final de la misma, se seguirá viendo a los bárbaros como seres inferiores que amenazaban su mundo.

El tema de la alteridad fue una constante a lo largo de toda la Antigüedad como así han dejado constancia los diferentes autores clásicos quienes, a partir de sus relatos y a través de sus diferentes puntos de vista, nos han permitido recrear cual era la imagen del bárbaro que se tenía en el momento que escribían así como la evolución del término a medida que estos autores fueron dando su opinión, influenciando de esta forma a los escritores venideros.

Tucídides, por ejemplo, fue uno de estos autores a los que hacemos referencia. El análisis que de su obra ha llevado a cabo Santiago (1998:42) ha sacado a la luz un bárbaro plano, sin cargas peyorativas o connotaciones negativas, debido a que la utilización en la misma del término se encuentra prácticamente en exclusiva en la primera parte del relato, donde se narran los hechos anteriores a la Guerra del Peloponeso, conflicto en el cual el autor centra su interés. Será por tanto, debido a esta falta de intencionalidad que se trate su figura desde una perspectiva diferente.

Todo lo contrario ocurre con la presentada hace años por Hartog (1980), por ejemplo, a la hora de referirse a la obra de Heródoto o más recientemente por González Ballesteros (2009) para la Geografía de Estrabón. Ambas obras, como sabemos, se nos presentan desde diferentes puntos de vista, interesándose tanto por los hechos históricos como por la geografía o la etnografía de los lugares descritos. Es por este motivo que el bárbaro aparece aquí continuamente representado especialmente en las descripciones que se realizan de aquellos pueblos menos conocidos, sumergidos continuamente en la dicotomía civilizado – no civilizado.

La *Geografía* de Estrabón, las *Historias* de Heródoto, la *Odisea* y la *Ilíada* de Homero o *La Guerra de las Galias* de Julio César son algunas de las obras antiguas en cuyas líneas podemos, de una forma u otra, hallar alguna referencia al bárbaro. Sin embargo, es quizás las *Historias* de Polibio (junto a *Ab Urbe Condita* –Historia de Roma desde su fundación- de Tito Livio y la *Historia Romana* de Apiano) la obra que creemos que engloba a la perfección todos los detalles necesarios para el período que nos interesa.

La obra de Polibio destaca por su complejidad a la hora de analizarla, pues son muchos los aspectos que la envuelven (siendo el hecho de que el escritor sea de origen griego el principal de ellos). Por este motivo hemos apoyado nuestra investigación acerca del mismo en los aportes de Pelegrín Campo (2004) quien estudia de forma general las diferentes fórmulas utilizadas por el de Megalópolis a la hora de hacer referencia al bárbaro; también la obra de Martínez López (2010) quien nos intenta mostrar, a partir de varias referencias, cómo la utilización del término bárbaro en la obra polibiana se realiza en función de las necesidades del relato. Complementando a éstos debemos añadir a Moreno Leoni (2012) quien define la posición de Polibio a la hora de escribir su relato, buscando para quién escribe y de qué forma. Como indica el propio Moreno Leoni (2012: 64) el autor heleno, a pesar de haber bebido de la cultura helena durante 17 años, se puede observar una claro remanente de alteridad en su visión hacia la cultura romana, demostrando así que Polibio fue incapaz de desligarse de la visión extraña hacia todo aquello que no era griego.

Todas estas características se nos hacen indispensables a la hora de tratar con textos de este calibre, especialmente con aquellos como el de Polibio donde no solo existen trazas de alteridad, si no que podemos decir que en una obra envuelta desde sus cimientos en ese ambiente. Esa alteridad, como hemos visto era una constante en la Antigüedad además de necesaria. Como dice Andreu Pintado (2009: 215) la alteridad debemos entenderla como el primer paso hacia una identidad propia ya que gracias a la existencia de un “Otros”, podemos crear un “Nosotros”.

5.- LA MIRADA DEL OTRO

5.1.- ANTECEDENTES: DEL BÁRBARO GRIEGO AL BÁRBARO ROMANO

Cómo comentábamos en un apartado anterior los griegos fueron quienes inauguraron la alteridad, definida por García como esa conciencia de superioridad consistente en representar a los vecinos de frontera como gentes de costumbres estrafalarias y aberrantes y de vicios convertidos en falsas virtudes. Él mismo nos indica que, como ya nos mostraba Heródoto en sus *Historias*, existieron muchas y diversas alteridades, no solo la persa, aunque estas se plantearan más bien de forma curiosa e incluso fantástica puesto que no representaban una amenaza. La información acerca de las mismas se condensa en definiciones e informaciones recogidas de todo tipo sobre estos pueblos desconocidos, complementadas a su vez por periplos y viajes de exploración. (García 2007: 33-34)

Un elemento común para todos los estudiosos del tema es que los persas eran los bárbaros por excelencia. Pero, ¿qué se entendía por bárbaro?

El término *bárbaro* es un concepto griego utilizado ya en tiempos de Homero (*barbarophonos*) para denominar a aquellos que no hablaban el griego. (*Hom. Il. II, 867*) Desde un inicio el concepto aparece bañado en un cierto matiz de superioridad, donde aquellos que no hablaban la lengua de Homero quedaban relegados a un nivel inferior. Apoyado en esa matiz filológica, el uso inicial del término bárbaro de basaba en una distinción lingüística que, posiblemente, no estuviera referida al uso de lenguas distintas sino que también pudo hacer referencia, de forma despectiva, a la forma en que algunos pueblos hablaban el griego. (Santiago 1998: 36; Pelegrín Campo 2004: 44)⁵.

Tucídides, al referirse a la obra homérica, señala como “tampoco menciona a los bárbaros (Homero), dado que, a mi modo de ver, los griegos aún no se designaban a sí mismos con un solo nombre opuesto (al de bárbaros)” (*Th. I, 3,3*)⁶. El ateniense hace aquí referencia a la desunión de los primeros pueblos griegos quienes no disponían de un nombre común que los diferenciase de los bárbaros. El “bárbaro”, como opuesto al “griego” solo puede utilizarse una vez que “griego” es usado como fórmula de designación de un grupo (Santiago 1998: 35), es decir, una vez que se dispone de una identidad. Es por este motivo que entendemos cómo un pueblo podía ser capaz de forjar su propia identidad a partir de su diferenciación respecto al resto, llevando a estos griegos a precisar de sus bárbaros, ya que sin ellos se encontraban huérfanos de identidad. (García 2007: 33)⁷

Hasta el s. V a.C. el término bárbaro llevaba implícito en su significado salvajismo, costumbres extrañas o falta de lenguaje y cultura. Sin embargo, a partir de este

⁵ Hablamos de un cierto matiz de superioridad pero, a pesar de que autores como Estrabón (*Str. XIV, 2, 28*) lo remonten a la época de Homero, es importante tener presente que aún no estamos ante el término denigrante en que acabará convirtiéndose.

⁶ Es digno de mención que la utilización del término en la obra tucidéida, al igual que ocurría con Homero, carece de significado peyorativo hasta el punto que el mismo Tucídides compara el atraso en el modo de vida de los antiguos griegos con el modo de vida de los bárbaros de su época. (*Th. I, 6, 5*)

⁷ El mundo griego encontraba en la exclusión una forma de reconocimiento cultural propio mediante la oposición al Otro, en otras palabras, el griego se encontraba a sí mismo mirándose al espejo de la alteridad (Hall 1989; Hartog 1992; Andreu Pintado 2009: 215)

momento, el bárbaro adquirirá una nueva dimensión que englobará a todos los “no griegos” (tanto pueblos salvajes como pueblos con culturas altamente desarrolladas, como los egipcios o los persas)⁸ (Santiago 1998, 39; Ames 2004, 111) Será a raíz de las Guerras Médicas que se abandonará el criterio lingüístico, centrándose así en la dualidad que otorgaba a los griegos la civilización y la libertad mientras que los bárbaros pasaban a ser considerados incivilizados. (Guzmán Armario 2003: 332)

El conflicto greco-persa supuso un punto de inflexión en la creación de un “Otro” y un “Nosotros”. Tal y como indica Cardete (2011: 121-122), en un momento de tensión bélica o en momentos difíciles, un grupo identitario puede evolucionar hacia un grupo étnico, entidad más cerrada y vehiculada mediante algún elemento que lo compacte y le dé forma, ya sea lengua, religión, creencias, etc. Es revelador por este motivo que las *poleis* griegas dejaran a un lado sus antagonismos para quedar subordinadas a un interés general. Aun así hablamos de una cierta solidaridad helénica matizada con cierto grado de medismo donde algunas ciudades, bajo una posición de neutralidad, dieron apoyo al enemigo persa evitando así una unión total⁹. (Castellanos 2006: 241) El hecho de que solo algunas ciudades-estado se asociaran frente a los persas hace que no podamos hablar de una unión firme políticamente hablando, sino de algo totalmente parcial basado en términos culturales, como la lengua o la religión¹⁰.

Lo parece del todo claro es que la amenaza persa dio lugar a la estigmatización en la figura del “Otro” de un único enemigo que respondía al nombre colectivo del bárbaro, sin importar las relaciones que algunas ciudades-estado pudieran mantener con éstos. Nos encontramos de lleno en una lucha en que elementos como el despotismo, servilismo, crueldad, barbarie y exceso que caracterizan al persa se encontraban enfrentados a la *politeia*, libertad, justicia, civilización y moderación características de las *poleis* griegas. La creación del bárbaro respondía a una necesidad imperante ante un enemigo que amenazaba sus fronteras y que acabará derivando en la lucha entre la libertad griega frente al esclavismo persa. Este discurso anti-persa fue muy rentable para Atenas, ya que fue capaz de colocarse al frente como principal defensor de la civilización ante la barbarie, además de ser una coartada perfecta que justificase la creación del Imperio ateniense y de la Liga de Delos en el 478 a.C.¹¹ Lo más interesante del proceso es cómo estos intereses griegos pronto pasaron a convertirse en intereses atenienses, hasta el punto de que Atenas logró hacer creer al resto que si Atenas estaba a salvo, todos lo estarían, y el hecho de no apoyar a la Liga era atentar contra la libertad o la razón. Es por eso que la importancia del discurso propagandístico ateniense capaz de unir las fuerzas de la mayoría de Grecia bajo una base ideológica propia tuvo su punto álgido en la conversión del persa en el Bárbaro, en un ser amoral, contrario a lo que representaba el ideal griego y contra quien se debía de luchar. (Cardete 2011: 123-124, 126)

⁸ Aristóteles (*Arist. Pol. 1326b*) explica la división del mundo entre griegos y no griegos.

⁹ La mayor parte de Grecia se escudó en esa neutralidad, manteniéndose en un punto que les permitiese aliarse con persas o griegos en función de sus intereses y de las posibilidades de victoria. (Cardete 2011: 122-123) Para un estudio más completo acerca de esa neutralidad véase Alonso Troncoso, V. (1988): “Neutralismo y desunión en la segunda Guerra Médica” en Pereira, G. (ed): *Actas del Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela, pp. 55-70.

¹⁰ Heródoto (*Hdt. VIII, 144*) presenta las Guerras Médicas como un conflicto étnico en el cual se enfrentan dos grupos sociales compactos basados en elementos como la consanguinidad, lengua, creencias religiosas o costumbre similares pero en la que no existía ni intención común ni proyecto político de unificación. (García 2007: 39)

¹¹ Tucídides (*Th. I, 96, 1*) nos habla de cómo la lucha frente al persa puede entenderse como pretexto ateniense para la fundación de la Liga.

La alteridad era indispensable: ningunear, degradar y despreciar al resto era necesario a modo de fármaco en un momento en que la construcción de la identidad de los diferentes pueblos estaba fomentada en la diferencia frente a los demás, un planteamiento que acabaría derivando en una concepción de superioridad. (García 2007: 37) Por este motivo a partir de las Guerras Médicas el arte ático se llenó de representaciones de la lucha entre la civilización y la barbarie y la literatura empezó a edificarse como el principal elemento conductor de dicha idea. Autores como Heródoto, por ejemplo, explicará en su obra la diferencia y la superioridad entre unos pueblos y otros¹² a la vez que admira aspectos de otras civilizaciones como la egipcia¹³; Platón¹⁴, por su parte, defenderá que la guerra entre los griegos es una *stasis* mientras que la guerra greco-bárbara se define como guerra justa o *pólemos*; y también Aristóteles¹⁵ definirá a los bárbaros como esclavos por naturaleza, inferiores incluso a un esclavo de origen griego. Aun así será la tragedia el género literario encargado de vehicular la barbarización del persa, con *Los Persas* de Esquilo¹⁶ como su máximo exponente. En ella se incide continuamente en el antagonismo político-cultural entre ambas facciones basado en la inmoderación y el exceso del bárbaro frente a la medida griega¹⁷. El bárbaro (persa) es un ser irracional por lo que los dioses defienden a los griegos haciendo de su victoria un castigo divino hacia los persas por todas sus faltas (despotismo y barbarie)¹⁸ (Santiago 1998: 39-40, Cardete 2011: 128)

Del s. V a.C. en adelante la alteridad se convirtió en una constante en la vida de los griegos que abarcaba todos los ámbitos de su cultura. Sin embargo, son dignas de mención algunas excepciones que existieron dentro de la misma. Una costumbre que llamaba mucho la atención a los griegos era que un pueblo conquistador como el persa, cuyo discurso se basaba en el eje de la centralidad, fuese capaz de asimilar costumbres de los pueblos conquistados, respetar ciertos cultos o hacer suyas estructuras políticas y económicas extranjeras¹⁹. (García 2007: 35) A su vez, el odio o desprecio que tenían hacia ellos se veía atenuado por una cierta fascinación, especialmente entre las familias aristocráticas, hacia elementos del imperio aqueménida tales como textiles, tintes, etc.; que junto a la presencia de ciertos elementos poco corrientes, como el caso del bárbaro noble, es decir, aquél que busca su semejanza con lo griego reconociendo la superioridad civilizadora helena y queriendo parecerse a ellos, erosionaban en parte la barrera entre nosotros y ellos. (Castellanos 2006: 241) Nos referimos a la existencia de una cierta dualidad, contradictoria entre el odio y la admiración, que se dio en un momento donde coexistían el dilema entre sucumbir a la fascinación por el lujo oriental o condenar la lujuria persa. Nos referimos a una cierta sensación de desprecio constante en todos los ámbitos, plasmada por ejemplo en el afeminamiento de ciertas tradiciones persas: los griegos veían a los persas como varones afeminados además de ser un pueblo donde las mujeres y los eunucos podían participar en temas de herencia y de sucesión, claros indicios de debilidad. También los excesos en banquetes de

¹² Hdt. IX, 122, 3-4.

¹³ Hdt. II, 35.

¹⁴ Pl. Mx. 242c-d.

¹⁵ Arist. Pol. 1252 a 34; 1285 a 16.

¹⁶ Como bien indica Cardete (2011: 120) *Los Persas* de Esquilo fueron la forma perfecta de utilizar la propaganda como arma para ganar una guerra fuera del campo de batalla.

¹⁷ A. Pers. 157-160, 372-374, 465-470...

¹⁸ A. Pers. 93-109, 344-348, 455-456...; Hdt. VII, 139 y VIII 13 y 109.

¹⁹ Hdt. I, 135.

comensalidad y elementos religiosos, como que algunos reyes se considerasen dioses, eran motivos para tal menosprecio. (García 2007: 43-47) Asimismo esos prejuicios se dejaron a un lado en muchos casos, especialmente entre comerciantes o mercenarios, un mundo en que muchos griegos conocían la lengua persa a pesar de que fuese considerado un conocimiento precario y despreciativo.²⁰

En pocas palabras la alteridad persa buscaba ridiculizar al enemigo basándose en la necesidad de superioridad de los griegos frente a ellos como mecanismo de defensa capaz de cauterizar la angustia frente a un enemigo de frontera con vocación imperialista. La alteridad en general, y el bárbaro griego en particular, se nos presentan pues como la respuesta a una sensación tan poderosa como es el miedo a lo desconocido, un temor que en ocasiones acaba derivando en odio y violencia.

Como se ha mostrado hasta ahora, el bárbaro en el mundo heleno era la representación de todo aquello contrario al ideal griego, cargado además de todo tipo de connotaciones negativas e incluso peyorativas. No obstante, la dualidad griego-bárbaro no podrá sostenerse en época romana, siendo necesaria la creación de un nuevo modelo de identidad y del "Otro" adecuado a una época y a un sujeto distinto como resultado de largo y tedioso proceso que los romanos llevaron a cabo como herederos directos de los helenos. (Ames 2004: 112)²¹ Andreu Pintado (2009: 215) citando a Burns (2003:42) plantea tres conceptos básicos en que se basaba la mirada del Otro para Roma: el reconocimiento del otro, la confrontación del otro y la coexistencia del otro. Con esto se refiere a tres conceptos clave, como son la alteridad, la etnicidad y la identidad.

La alteridad en Roma les permitió ver la imagen de esos "otros" desde el punto de vista de una segregación cargada de matices de admiración que hicieron posible que esos "otros" pasaran a formar parte del "nosotros". Ahora la segregación de tipo racista pasaba a ser una discriminación jurídico-administrativa. (Guzmán Armario 2003: 332) En cuanto a la etnicidad Roma potenció el mosaico étnico del que estaba formada y las características comunes de estos "otros" dándonos un objeto de estudio regional profundo aunque, como indica Guzmán Armario (2003: 333), es cierto que en los primeros años de Roma se disponía de poca información acerca de los pueblos vecinos, ya fuese por falta de interés o por la falta de una infraestructura de gobierno exterior suficientemente firme. Este panorama en cambio se vería modificado en época de Julio César donde los romanos ya conocían los "topoi" de los diferentes pueblos, pues en parte habían sido ellos los responsables de otorgárselos (Ames 2004: 112). Y, por último hablamos de identidad porque Roma brindó a toda una serie de pueblos que forjasen la suya propia a partir de un pasado común.

La diferencia esencial entre el modelo griego y el romano se basa en la integración: para Roma, el bárbaro continuaba siendo el diferente quien, como representación de lo negativo, debía ser vencido y dominado pero que a su vez podía integrarse siempre y cuando fuese beneficioso para el Estado²². (Guzmán Armario 2003: 332) En este

²⁰ Th. IV, 50.

²¹ La insostenibilidad de la oposición griego-bárbaro hizo necesaria su evolución hacia un nuevo modelo "romano-bárbaro", base de la posterior dualidad "cristiano-pagano" en la Antigüedad Tardía o de "civilizado-bárbaro" en época moderna.

²² Para Ames (2004: 122) el paradigma del bárbaro romano, gracias a esta integración, permitió la superación de una ciudad-estado (Roma) a un estado territorial (Imperio romano).

sentido, el artículo de Javier Andreu Pintado²³ se nos hace muy interesante a la hora de abordar este tipo de cuestiones, tanto acerca de la integración como de la creación de modelo étnico y una identidad propia a partir de la misma. Mientras que los griegos únicamente establecieron la diferenciación entre ellos y los bárbaros en términos de civilizado-incivilizado, Roma integró en su realidad política primero y en su propia cultura después a todo tipo de pueblos presentando la “*humanitas*” frente a la barbarie. Para Roma, además, solo el control que ejerciese el ejército no le era suficiente haciendo necesaria la regeneración del vencido como medio perdurable de esa dominación. El propio Plinio (*Plin. NH, 3.39*) atribuía al Estado romano una vocación de unir lo separado y homogeneizar los distintos hábitos culturales a pesar de que esa construcción de una ideología universal (*Romanitas*) pudiera implicar la disolución de elementos que precisamente hacían diferentes al resto. De hecho, fueron pocos los lugares en que Roma no aplicó procedimientos de integración, unos procesos que muy probablemente variaron en función de si eran zonas con un código urbano ya establecido o por el contrario brillaba por su ausencia. En definitiva, el reconocimiento, la integración y tal vez la ocasional potenciación del “Otro” se presentaba así como la llave del poder político²⁴. (Andreu Pintado 2009: 216-217)

Rita Lizzi (2013) plantea el fin del Imperio como resultado de esta práctica. Para la autora, el hecho de que cada vez más bárbaros se introdujeran en el seno del Imperio por medio de la asimilación de la *romanitas*, llegando incluso a erigirse como la defensa principal del mismo por su introducción en las legiones romanas, provocó que la conquista del Imperio romano se erigiera desde dentro del mismo y no debido al choque externo. Los bárbaros fueron una de las causas de la caída del Imperio, pero su ataque fue mucho antes y desde el interior del mismo. De hecho, como opina Castellanos (2006: 238), el saqueo de Roma en el 410 por parte de Alarico marcó un punto de inflexión en cuanto a cómo la barbarie campaba a sus anchas por los territorios imperiales romanos.

Por otro lado Roma establecerá como forma de sustentar ese proceso de integración una serie de mecanismos, entre el que destaca la creación de una etnicidad. La literatura grecolatina y la historiografía romana darán luz al desconocimiento frente a esos pueblos bárbaros, les otorgarán un nombre y establecerán para cada uno de ellos un rasgo diferenciador y opuesto a los atributos romanos dependiendo de su situación geográfica. (Guzmán Armario 2003: 333) Roma incentiva esa caracterización del otro de tal forma que lo hace abarcable para su proyecto: establecer una etnicidad desde la óptica administrativa, cuyo fin sea el de control del otro mediante su reconocimiento a partir de un nombre, su situación en una zona determinada, etc. El objetivo final era construir una realidad étnica y como tal primero debía otorgarse a estos pueblos rasgos étnicos que permitieran su integración, llevando así al origen heterogéneo de la propia identidad romana. (Andreu Pintado 2009: 218) El bárbaro se caracterizaba de esta forma por una serie de rasgos, distintivos entre ellos, que los distinguían²⁵ y de los cuales solo se podían alejar mediante la adopción de formas de vida y valores romanos, en otras palabras, solo la romanización podía sacarlos de la

²³ Andreu Pintado 2009.

²⁴ Para Tácito (*Tac. Hist. 4, 59*) Roma muy difícilmente habría podido someter a todo el orbe a servidumbre si no era por estos medios.

²⁵ César, por ejemplo, hizo de la lengua un elemento distintivo mientras que Tácito lo hizo del modo de luchar o de la constitución física de los germanos. Roma era el centro de referencia para estos criterios distintivos, cuyo acercamiento permitía la adquisición de ciertos rasgos educativos y civilizadores. (Andreu Pintado 2009: 219)

barbarie. Es interesante el apunte de Sánchez y Aguilera (2013: 229) al respecto quienes comentan como los diferentes pueblos fueron perdiendo su papel de antagonistas a medida que quedaban integrados en el mundo grecolatino. A partir de este momento los diferentes autores pierden el interés demostrado hacia ellos puesto que les llaman más la atención el resto de bárbaros²⁶.

El bárbaro romano irá adquiriendo matices que el término griego no llevaba, haciendo que no siempre hablemos del mismo, ya que ahora estamos ante un modelo en continua evolución. Según el criterio de Ames (2004: 113), los “otros” no formaban un todo, sino que se les distinguía por disponer de características particulares que permitían su jerarquización (como en el caso de celtas y germanos). En efecto, el sistema romano estaba creado a partir de unas pautas de expansión y comunicación que hicieron imposible esta generalización (políticas de expansión, relaciones comerciales, relaciones de clientela, etc.)²⁷. El bárbaro siempre fue la fuente de vicios y de comportamientos irracionales²⁸, plagada de estereotipos como el primitivismo o la belicosidad²⁹ y guiados por la *feritas*, contraria a la *humanitas* romana (Guzmán Armario 2003: 333; Sánchez y Aguilera 2013: 228). A pesar de ello, fue adoptando distintas formas con el paso del tiempo, una evolución que podemos seguir, como veremos en el siguiente apartado, a partir del estudio de las fuentes antiguas.

Quizás el ejemplo más claro de dicha evolución sea el de los celtas quienes, gracias a la información legada por César, fueron idealizados como los bárbaros por excelencia y prototipo del resto además de caracterizados como el extranjero saqueador y sacrílego. Será el propio César quien introduzca la distinción cultural entre celtas y germanos, donde los primero presentaban una menor ferocidad además de una mayor disposición para ser integrados en el seno del mundo romano. (Ames 2004: 118) Posteriormente, una vez afianzadas las fronteras del Rin y gracias a las aportaciones de Tácito, será el germano quien tomará el relevo de la barbarie. A pesar del dinamismo que adquirieron, los bárbaros continuaban siendo carne de esclavismo (ejemplo de los tracios muy cotizados en la luchas de los anfiteatros) pero ahora también servían como excusa a la hora de afrontar los problemas internos del imperio en vez de verlos únicamente como amenaza externa. A partir del s. III los godos impondrán su peso al frente de los bárbaros mientras que serán finalmente los hunos los que adquieran dicho rol, un traspaso de papeles que ni la llegada del cristianismo pudo frenar. (Guzmán Armario 2003: 336-337)

Por otro lado, al igual que ocurría en el caso griego, el bárbaro era necesario puesto que Roma se presentaba como nuevo centro del mundo y precisaba de una justificación para su política imperialista. Ahora los pueblos occidentales asumen el rol del bárbaro oriental griego, un papel que como hemos visto dispondrá de un discurso más trabajado gracias a su evolución en función de la expansión romana donde muchos otros pasaran a formar parte del nosotros y posteriormente ciudadanos.

²⁶ Años más tarde, los cristianos adoptaran esta misma doctrina adaptándola a sus necesidades donde sólo el abrazo de la cristiandad supondrá el abandono de la barbarie. (Castellanos 2006: 250)

²⁷ No será hasta el s. III cuando la nueva política dé lugar a dicha antítesis.

²⁸ Para Polibio (Pol. XI, 34) la anarquía era el distintivo de los bárbaros.

²⁹ Es interesante la opinión de Sánchez y Aguilera (2013: 231) a la hora de analizar los estereotipos creados por los autores grecolatinos para los bárbaros donde la reiteración de los mismos habría incidido en el pensamiento moderno hasta el punto de convertirse en ideas preconcebidas para los nuevos estudios.

(Ames 2004: 113; Castellanos 2006: 242; Sánchez y Aguilera 2013: 228) Como bien indica Guzmán Armario (2003: 338-339) el bárbaro se edifica como una excusa: la mayoría de población no sabía diferenciar un picto de un sármata, por ejemplo, pero necesitaban saber que fuera de sus fronteras existía el salvajismo, la destrucción y la muerte, otorgando así a Roma un motivo para mantener un Imperio, un emperador, un ejército o una burocracia que salvaguardara su integridad a pesar de los excesos y abusos de poder que pudiesen llevarse a cabo. Esta justificación, si lo pensamos bien, ha sido utilizada a lo largo de toda la historia en todo tipo de conflictos, ya fuese para el control, sometimiento o para el enfrentamiento contra otros pueblos. Las cruzadas, la conquista del Nuevo Mundo, la Alemania nazi, etc.; son ejemplos de lo que decimos y en donde infieles, indios o judíos juegan el papel del bárbaro. En definitiva, el modelo de bárbaro romano, al igual que el griego, fue necesario para la sociedad ya fuese a modo de excusa como de fármaco, sin embargo el caso romano precisaba de una reformulación del concepto que le permitiese cambiar de un pueblo a otro en función del proceso de expansión y establecer anexiones y alianzas con los “otros” en función de su necesidad. (Ames 2004: 113)

5.2.- EL BÁRBARO EN LAS FUENTES

El bárbaro se nos presenta como un elemento en continua evolución y quizás una de las mejores formas de seguirle la pista sea a través de los diferentes textos clásicos. Con este fin tomaremos como referencia algunas pinceladas de los estudios acerca de tres de las obras de referencia de la Antigüedad: *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides, la *Geografía* de Estrabón y *De Bello Gallico* de Julio César.

La obra de Tucídides es quizás de las tres elegidas en la que menos afluencia de la utilización del término encontramos. Su uso está enfocado a denominar pueblos bárbaros en general, especialmente de forma indirecta y secundaria, durante su descripción de los hechos anteriores a la Guerra del Peloponeso, período que verdaderamente interesa narrar al autor. Lo cierto es que para las etapas más antiguas de la historia de Grecia basa sus escritos en indicios, motivo por el cual es esta la parte en que más referencias al bárbaro localizamos. (Santiago 1998: 34)

Según el análisis de Santiago de su obra, el uso del término bárbaro del autor ateniense no se encuentra cargado de connotaciones negativas. Sus referencias se centran más en anotaciones acerca del atraso de los griegos en ciertos aspectos o en menciones acerca de las semejanzas en muchos aspectos entre ambos, especialmente en época antigua (*Th. I, 5, 3-6, 1; I, 6,5*). Sin embargo, Tucídides realiza pocas menciones del término aplicado al persa, siendo las pocas de forma neutra en su mayoría y sin exaltar sobremanera el conflicto. (1998: 42-44)

Por otra parte *De Bello Gallico* es presentado por Ames (2004: 112) como un catálogo de pueblos bárbaros y una sutil pero firme construcción de conceptos de romanidad y barbarie. La intención del relato de Julio César es explicar de un modo sencillo y detallado la romanización de la Galia, un territorio dividido en tres partes que hallamos

descrita a modo de plano estratégico, donde ríos son fronteras y el terreno está dividido mientras que el lector observa todo desde los ojos del general. (2004: 114)

Los bárbaros, generalizados aquí como galos, presentan diferencias entre ellos, estableciendo así una jerarquización. Más aun, en la segunda parte de su obra, César introduce toda una serie de excursos sobre estos pueblos que le permiten llevar a cabo dichas distinciones. En estos excursos nos habla de los suevos o de los germanos, por ejemplo, a quienes atribuye los mismo *topoi* literarios que otros autores: falta de agricultura, uso de pieles de animales como vestimenta, rol de la mujer por encima del hombre, etc. (2004: 115)

Quizás uno de los elementos más interesantes acerca de la obra del general romano es la forma en que se encuentra vehiculada esa jerarquización del bárbaro: el bárbaro y su imagen se generan en función de sus posibilidades de integración. En este sentido, los germanos se clasifican como una tribu mucho más salvaje que los galos por el hecho de que estos últimos, aunque inconstantes y desleales, presentaban una mayor disposición a aprender de los romanos e integrarse. (Ames 2004: 118-119) César, como buen general, marca las mayores diferencias entre ambos pueblos al compararlos con el ejército romano. Mientras que el soldado romano está instruido en el arte de la guerra y dispone de una férrea disciplina que le permite estar dispuesto aun cuando es sorprendido; los bárbaros, por el contrario, son ruidosos y anárquicos³⁰, elogia que son valientes y aman la libertad pero a la vez determinan sus acciones guiados por las pasiones lo que provoca decisiones imprevisibles e inconstantes. Para César su representación del otro, del bárbaro, era el contrapunto al soldado romano: los galos y germanos, por poner un ejemplo, son la oposición a lo que debe ser un romano: irracionales, desordenados, dubitativos, indisciplinados y desleales. (Ames 2004: 120)

Con el fin de llevar a cabo su proyecto, César construirá en el Rin una frontera étnica entre galos y germanos, necesaria para completar su proyecto de pacificar la Galia. En otras palabras, al igual que para generar una imagen del “otro” primero era necesario tener una visión clara del “nosotros” y disponer de una identidad propia, para poder pacificar “toda la Galia” primero necesitaba delimitar unas fronteras que la enmarcaran y delimitaran a que se refería cuando hablaba de “toda la Galia”. (Ames 2004: 118)

Por último, la Geografía de Estrabón es una obra escrita en época de Augusto que constituyó un compendio del saber de la época, tanto a nivel topográfico como histórico, mitológico, antropológico, astronómico, biológico, agrícola, físico y matemático. (González Ballesteros 2009: 249-250) En toda su obra, Estrabón pone de manifiesto el contraste entre pueblos no civilizados frente a los griegos quienes encarnaban la civilización, destacando sus virtudes y la inferioridad del resto. En definitiva presentaba el modo de vida heleno como el ideal perfecto y defendía el modelo romano como heredero del mismo: la civilización enfrentada a la barbarie donde griegos representan el poder intelectual frente al poder físico del resto. (González Ballesteros 2009: 251)

En un apartado interesante del estudio de González Ballesteros (2009: 251-252) se presenta el uso de la “teoría del determinismo” como método para explicar estas

³⁰ *Caes. Gal. II, 11, 1.*

diferencias, donde factores como el clima serían los responsables del desarrollo superior de unas culturas u otras: los bárbaros habitaban generalmente zonas muy frías o muy calientes ya que las zonas templadas eran las más adecuadas para el desarrollo de la civilización. Estaríamos hablando, eso sí, de factores condicionantes pero no decisivos debido a que se consideraba que el hombre civilizado era aquel que poseía la voluntad para poder abrirse camino ante cualquier medio, explotando los recursos adecuadamente mediante la agricultura y quedando organizado en *poleis*.

Por último el autor lleva a cabo una clasificación de aquellos rasgos más destacados que para el historiador griego separaban al salvaje del hombre civilizado. Entre ellos destaca la alimentación, donde el consumo de ciertos alimentos junto al no desarrollo de la agricultura por cualquier motivo era considerado signo de barbarie; las creencias, donde entran en juego la adoración de dioses que no formaban parte del Panteón Olímpico o los sacrificios humanos llevados a cabo por los bárbaros; la higiene, como se muestra en un episodio narrado por Estrabón (*Str. III, 4, 16*) donde los indígenas utilizaban sus orines para la limpieza bucal; y la sociedad, destacando aquellos pueblos en que los roles de los hombres y las mujeres se veían invertidos. Todas estas características servían como justificación para el sometimiento de los diferentes pueblos y fueron creadas a partir de la necesidad de la mentalidad grecolatina de la existencia de un bárbaro que simbolizase el reverso más negativo del hombre, resaltando así la figura de la civilización. (González Ballesteros 2009: 253-258 y 259)

Como hemos visto hasta ahora, en los tres modelos presentados se mantiene la necesidad de demostrar una superioridad frente al resto ilustrada en la imagen del bárbaro. Este bárbaro, además, no siempre es el mismo, sino que varía según la óptica utilizada (ya sea griega o romana) y, como hemos podido observar, con el paso del tiempo, la complejidad del término fue cada vez más profunda.

5.3.- ALGUNOS ASPECTOS A TENER EN CUENTA A LA HORA DE ABORDAR LA OBRA DE POLIBIO

Nuestro objetivo es enmarcar la figura del bárbaro en un contexto reducido a partir del estudio que hizo Polibio de la Segunda Guerra Púnica. Por este motivo y como paso inicial, es necesario que dispongamos de algunas premisas que nos permitan comprender y profundizar el máximo posible en la obra del escritor de Megalópolis.

Polibio nació en la ciudad de Megalópolis, en la Antigua Grecia, donde desarrollaría su carrera política como defensor de una política de neutralidad entre Roma y Macedonia. A causa de esto fue capturado como rehén y llevado a Roma donde entró al servicio de la familia de Lucio Emilio Paulo, padre de Escipión Emiliano junto al que estaría en el desarrollo de la tercera guerra púnica y en la captura de Cartago.

Polibio estuvo de primera mano en muchos de los acontecimientos que narra en sus historias y, como indica Moreno Leoni (2012: 64), esos diecisiete años que pasó en Roma como rehén debieron de ser suficientes para que bebiera de la cultura latina.

Aun así, existe un remanente de alteridad en su visión hacia la cultura romana que demuestra su incapacidad para desligarse de la visión extraña hacia aquello que no era griego.

Siguiendo al propio Moreno Leoni debemos entender la visión polibiana con relación a su público desde un punto de vista dual, en una obra donde los romanos eran los actores principales de su obra y como tales debían ser presentados, una presentación no carente de alteridad. (2012: 67) Polibio era un griego intentando entender el mundo romano y el idioma era la primera barrera a superar: escribe las *Historias* en griego, sin apenas utilizar el latín excepto para algunos vocablos simples. Además, utiliza siempre términos griegos con el fin de explicar los elementos romanos, dándonos a entender su intencionalidad hacia un lector que no entendía el latín, o lo que es lo mismo, deducimos que su público sería en su mayoría de origen griego. Los romanos entendían el griego pero no al revés lo que ampliaba aún más su público. El propio Tito Livio, quien utilizó las *Historias* como fuente, reconoció su valor como fuente de información para los asuntos de Roma en el mundo griego aunque sí que es cierto que, a la hora de referenciarlo, omite aquellos aspectos que permitían al lector entender la narración en clave griega puesto que él escribía para los romanos. (2012: 67-68, 77) La técnica utilizada por el autor para solventar dichas diferencias es la transposición, un método no del todo adecuado debido a las claras diferencias que presentaban ambas sociedades entre sí y que no siempre otorgaba un significado preciso. En definitiva, debemos tener en cuenta que Polibio no habla como un vencedor, sino como un vencido que busca hacerse entender por el resto de vencidos, explicando Roma desde el punto de vista griego. (2012: 85)

El bárbaro en las *Historias* es el “no griego”, englobando a todos bajos una misma categoría aunque no todos tengan el mismo juicio de valor. Existen algunos casos donde el carácter positivo de un no griego contrasta con los rasgos negativos del mundo bárbaro. Por ejemplo Cotis, rey de los Odrisios (*XXXVII, 12, 1*) o Ptolomeo, gobernador de Chipre (*XXVII, 13, 1*) de los que destaca ciertas virtudes a pesar de formar parte de los bárbaros no griegos. (Pelegrín Campo 2004: 46-48) De forma parecida a como veíamos que hará Julio César en sus escritos, Polibio establece un principio de jerarquización de los bárbaros, comparando pueblos no helenos con otros a los que sí que considera bárbaros, destacando de esta forma algunos de sus rasgos positivos. Además, en una nueva adaptación del término, nos encontraremos nuevos bárbaros definidos por oposición a griegos, pero también a púnicos o romanos³¹.

En los estudios de Martínez López (2010: 88) encontramos una categorización del uso del término bárbaro basada en cuatro modelos:

1. Extranjeros que cometen traición,
2. Extranjeros enemigos enfrentados a romanos y helenos además de Aníbal en ciertos momentos,
3. Aplicación etnográfica o puramente geográfica,
4. En una comparación en la que quiera degradar a un personajes o pueblo.

³¹ Ejemplos de estas oposiciones los encontramos con persas (*III, 6, 10*), galos (*II, 7, 12*) o tracios (*IV, 38*). También los pueblos ibéricos serán presentados como bárbaros en función a sus enfrentamientos con Roma o Cartago quienes, si seguimos el significado original que le da el autor al término, también deberían ser considerados bárbaros por ser “no griegos”.

El bárbaro en Polibio aparece en función de estas categorías y se caracteriza por su carácter belicoso, violento, con coraje y arrojo pero a la vez extraño, ignorante y carente de razones. No obstante solo reconoce como bárbaros aquellos que pueden considerarse enemigos o traidores, mientras que para el resto utiliza todo tipo de sinónimos. El bárbaro polibiano es un compendio de todas las descalificaciones posibles, recopilación de defectos y perversiones, utilizado a conveniencia en función de su relato. (Martínez López 2010: 95, 116-125)

En lo que a Roma se refiere, Polibio denomina bárbaros a los romanos solo en ciertas ocasiones, pero nunca directamente sino a través de terceras personas. (Pelegrín Campo 2004: 51; Martínez López 2010: 88) A pesar de que se ha intentado utilizar este argumento para definir una postura de Polibio anti romana, para el de Megalópolis Roma presentaba características y capacidades que le han permitido superar a griegos y bárbaros y situarse al frente del mundo antiguo, quedando su postura firmemente contraria a la polaridad tradicional en vertebrar su obra en el ascenso romano. Cartago no entra tampoco en el grupo de los bárbaros ya que su visión hacia ellos goza de un status diferenciado con respecto al resto, llegando incluso a comparar su constitución con la de los romanos. De hecho, habla de bárbaros al hacer referencia a los enemigos de Cartago, especialmente de Aníbal, quien puede considerarse un héroe polibiano debido a las continuas muestras de sus virtudes en el relato. Estos elogios, pero, esconden un doble fondo ya que estas virtudes de Aníbal no sirvieron para nada por estar enfocadas a un rival como Roma. (Pelegrín Campo 2004: 54-57)

Pelegrín Campo plantea la posibilidad de que la dependencia del autor con respecto a sus fuentes a la hora de escribir pueda ser el factor determinante a la hora de utilizar o no el término bárbaro. Dependiendo de la posición de la fuente original (filo-púnica o filo-romana) puede o no aparecer la definición de ciertos pueblos como bárbaros o no. (2004: 59-60) En este sentido al hablar de la Guerra Líbia de los Mercenarios (I, 65-68) o de las guerras contra los galos (II, 18-35) Polibio no introduce el término bárbaro, posiblemente debido a que sus fuentes pudieron ser serían fieles a Cartago y a Roma respectivamente. A pesar de ello este aspecto se nos presenta simplemente como una posible hipótesis, motivo por el cual es difícil que podamos sacar conclusiones generalizadas con respecto al uso del término en la obra de Polibio.

5.4.- EL MUNDO FENOPÚNICO EN LAS HISTORIAS DE POLIBIO

Nuestro análisis de la obra de Polibio se centrará en el desarrollo de la Segunda Guerra Púnica. Para ello, hemos focalizado nuestra atención en las referencias de alteridad localizadas en los libros III, IX, X, XI, XIV y XV de sus *Historias*.

Tras un examen exhaustivo de los libros mencionados hemos sacado a la luz diferentes tipos de referencias de alteridad que hemos dividido en tres grandes grupos y que formaran el eje central de nuestro estudio, dentro de los cuales hemos incluido tanto referencias cuyo significado tengan un tono peyorativo como aquellas en que no:

- 1- Referencias a través del mundo cartaginés a partir de las cuales se pone especial énfasis en demostrar la inferioridad de dicho pueblo de una manera general;
- 2- Referencias directas contra el mundo púnico y contra la figura de Aníbal, siendo menciones claras y directas contra éstos;
- 3- Referencias respecto al mundo romano donde, mediante un ejercicio de comparación, ensalza aquellas virtudes del mismo que los definen cómo superiores ante el mundo púnico.

La narración de la Segunda Guerra Púnica tiene dos personajes principales en los que Polibio centrará continuamente su visión: Aníbal, a quien el autor tiene un alto grado de admiración, y Escipión, el gran general romano cuyo éxito culminante fue vencer al cartaginés más temido de la historia. Con el objetivo de profundizar el máximo posible en nuestro análisis partiremos de dichos grupos e iniciaremos nuestro viaje por la alteridad feno-púnica a través de los mismos, destacando dentro de cada uno aquellas referencias y aquellos elementos que nos parezcan relevantes para una mejor comprensión de la visión del otro presentada por Polibio al escribir su obra.

5.4.1.- REFERENCIAS A TRAVÉS DEL MUNDO CARTAGINÉS

La narración de Polibio acerca de la Segunda Guerra Púnica está centrada en las acciones y desavenencias de los enemigos de Roma y, de forma especial, en todo lo que envuelve a su general más importante: Aníbal. Sin embargo, la visión que el autor tiene con respecto al mundo cartaginés no deja de ser un tanto especial.

Partimos de la base que para Polibio el bárbaro era el “no griego”, englobando de esta forma a todos bajo una misma categoría. Dicho de otro modo, para el autor de Megalópolis tanto Roma como Cartago debían ser considerados bárbaros ya que reúnen las características para ello (no son griegos). No obstante, ninguna de las dos será considerada como tal en su obra (al menos directamente). Con Cartago, pero, vamos un paso más allá.

Si tenemos en cuenta las categorías establecidas por Martínez López (2010: 88) acerca del uso del bárbaro en las *Historias*, vemos que una de ellas hace referencia al “grupo de extranjeros enemigos que se enfrentan a romanos y helenos”. Por

definición, los cartagineses son extranjeros y además son enemigos acérrimos de Roma, pero el trato que le otorga Polibio a lo largo del desarrollo del conflicto es de cierta igualdad con respecto a estos³². Para el griego, tanto cartagineses como romanos se encuentran al mismo nivel de la balanza, un trato de igualdad probablemente facilitado por el hecho de que ambas facciones eran extranjeras de cara a los griegos permitiendo así su equiparación. No obstante sí que existen ciertos prejuicios y un punto de recelo hacia los primeros, más no una actitud tan peyorativa cómo para ubicarlos entre los bárbaros. (Pelegrín Campo 2004: 55) Son muchas la pruebas de tal equivalencia de trato, como por ejemplo cuando tras la Batalla de Cannas Polibio hace mención de hombres nobilísimos tanto entre vencedores como entre los vencidos (*III, 117, 1*). Aquí el autor iguala ambas facciones, aunque probablemente esconda un doble fondo que le permitiera minimizar la gran derrota sufrida: los romanos habían perdido la batalla por haberse enfrentado a un enemigo que estaba a su altura.

La imagen que genera Polibio acerca de los cartagineses era de respeto e incluso de cierta admiración³³. De hecho, Polibio nos presenta a Aníbal como un héroe y es visto y enaltecido como tal, destacando continuamente sus virtudes. La admiración que presenta por este personaje es enorme, nos habla de la guerra anibálica (*III, 33*) donde él es el protagonista principal e incluso le dedica un excursus donde realza su figura como principal motor de los acontecimientos (*IX, 22*). Siguiendo la narración, da la impresión que para el de Megalópolis el general cartaginés lo hace todo bien: los preparativos para su marcha a través de los Alpes (*III, 34-35*), la primera toma de contacto con los galos de la zona por las que deben atravesar (*III, 40*), la preparación de su ejército buscando siempre la mejor fórmula que los mantuviese contentos y fieles, etc. Este fenómeno característico de Polibio lo encontramos también presente en las obras de otros autores clásicos, como Cornelio Nepote³⁴ o Tito Livio³⁵. Mientras que ambos destacan sus virtudes, Tito Livio contrasta éstas con aquellos defectos más pronunciados del cartaginés: “Una crueldad inhumana, una perfidia peor que púnica, una falta absoluta de franqueza y de honestidad, ningún temor a los dioses, ningún respeto por lo jurado, ningún escrúpulo religioso.” (*Liv. XXI, 4, 9*) Veamos un ejemplo durante los preparativos de Aníbal para cruzar el Ródano, un pasaje que reúne toda una serie de características que definen la posición de Polibio con respecto a la figura del “otro”.

“Aníbal, así que llegó a los parajes próximos al río, intentó cruzarlo allí donde su curso es todavía único, a una distancia del mar que un ejército haría en unos cuatro días. Se concilió de todas las formas imaginables la amistad de los pueblos ribereños: les compró las barcas y los esquifes, suficientes en número, puesto que muchos de los que habitan la región del Ródano se dedican al tráfico marítimo. Adquirió de ellos también la madera necesaria para fabricar barcas, por lo cual al cabo de dos días tenía construidas muchísimas, pues sus hombres se empeñaban en no depender del vecino y en depositar por sí mismos la esperanza de cruzar el río. Pero entonces se concentró en la otra orilla una gran multitud de bárbaros con la intención de impedir el paso del río a los cartagineses. Aníbal se percató muy bien de que

³² Es notorio que a lo largo de la obra Polibio les denomina por su nombre “cartagineses”, al igual que hace al nombrar a los “romanos” o a los “griegos”, en vez de utilizar otro tipo de denominaciones que denotasen un mayor grado de diferencia.

³³ Polibio llega a comparar la constitución cartaginesa con la romana (*VI, 51*), donde la primera pecaba en el problema cronológico: había llegado a su plenitud y empezaba su decadencia en el momento en que la romana empezaba a florecer con fuerza.

³⁴ *Cornelio Nepote. Vidas, XXIII, V, 4.*

³⁵ *Liv. XXI, 4.*

en aquellas circunstancias ni podría forzar por la violencia el paso del río, porque el número de enemigos apostados era incalculable, ni podría aguantar allí sin que el adversario le atacara por todas partes.

A la tercera noche envía parte de sus fuerzas, con unos guías naturales del país, bajo el mando de Hannón, el hijo del sufeta Bomilcar. El contingente marchó unos doscientos estadios curso arriba del río, hasta llegar a un lugar en que la corriente se divide y forma una pequeña isla, y se quedaron allí. Fijando y atando troncos de un bosque vecino, en breve tiempo armaron muchas balsas, suficientes para lo que entonces necesitaban; en ellas cruzaron el río con seguridad y sin que nadie les estorbara. Tomaron un lugar abrupto, y aquel día permanecieron allí tanto para descansar de las penalidades anteriores como para prepararse para la operación siguiente, según las órdenes que tenían. Aníbal hizo algo muy parecido con las tropas que habían quedado con él. Lo que le ofrecía más dificultades era hacer cruzar el río a los elefantes, que eran treinta y siete.

De todos modos, al llegar la quinta noche, los que habían cruzado el río por la parte superior de su curso, al amanecer avanzaron por su orilla contra los bárbaros apostados en ella. Aníbal, que tenía ya dispuestos sus propios soldados, esperaba el momento de cruzar. Había llenado los esquifes con caballería ligera y las barcas con infantería más ligera. Los esquifes estaban situados arriba y contra corriente; a continuación los transportes ligeros. Así serían los esquifes los que soportarían la fuerza mayor de la corriente, y el paso de las demás embarcaciones sería más seguro durante la travesía. Idearon también arrastrar los caballos a popa de los esquifes, para que nadaran. Un solo hombre conducía por las riendas tres o cuatro a la vez, a cada lado de la popa, de modo que ya inmediatamente, en el primer paso, trasladaron un buen número de caballos.

Los bárbaros, al ver el intento de los enemigos, salieron desordenadamente de sus atrincheramientos, convencidos de que frustrarían con facilidad el desembarco cartaginés. Aníbal vio que en la orilla opuesta sus soldados estaban ya cerca, pues, según lo convenido, le habían señalado su presencia mediante humaredas. Ordenó a todos sus hombres embarcar a la vez, y a los que dirigían las embarcaciones navegar contra corriente. La operación se hizo rápidamente, porque los que estaban en las embarcaciones rivalizaban entre ellos, con gran griterío, en su pugna contra la fuerza del río. Ambos ejércitos estaban frente a frente, en las dos orillas: unos se asociaban a las dificultades de sus camaradas, y les seguían con gritos en sus esfuerzos, mientras que los bárbaros entonaban cantos de guerra y llamaban al combate. El espectáculo era sobrecogedor y producía angustia.

En el momento en que los bárbaros abandonaron sus barracas, los cartagineses que estaban en aquella orilla les acometieron de manera súbita e inesperada. Algunos prendieron fuego al campamento, pero la mayoría atacó directamente a los que acechaban la travesía. Los bárbaros, sorprendidos por aquella inesperada maniobra, unos retrocedieron para proteger sus barracas, otros se defendieron y entablaron combate con los atacantes. Cuando comprendió que la acción se desarrollaba según sus cálculos, Aníbal rápidamente organizó a los que habían desembarcado, les arengó y trabó pelea contra los bárbaros. Los galos, ante aquel desorden y ante un hecho tan inesperado, volvieron pronto la espalda y se dieron a la fuga." (*Pol. III, 42-43*)

El personaje de Aníbal aquí descrito se sale de los cánones del bárbaro tipo: es un general cualificado, que trabaja con estrategia y no realiza acciones de forma desordenada si no que utiliza la cabeza³⁶. Para empezar, es capaz de llevar a cabo acciones civilizadas que pasan desde ganarse la confianza de los lugareños hasta fabricar sus propias barcas o incluso comprárselas a los mismos³⁷. Aníbal ha llegado a una zona hostil con un ejército que superaba fácilmente a los habitantes del lugar pero, en vez de utilizar la fuerza para lograr sus objetivos, decide utilizar una línea más diplomática³⁸. Si una cosa tiene clara el cartaginés es que para que su empresa llegara a buen puerto debía hacer las cosas bien, y ganarse un enemigo que pudiera

³⁶ Otro ejemplo de su astucia y capacidad estratégica en IX, 3-8 donde realiza un ardid yendo de Roma a Capua muy parecido al realizado por Epaminondas en Esparta, general tebano al que el de Megalópolis admira. Véase también *Cornelio Nepote, Vidas, XXIII, V, 2*.

³⁷ Liv. XXI, 26, 7.

³⁸ Aníbal destaca por su trato preferente hacia aquellos que se ponen de su lado así como en el castigo hacia aquellos que osan traicionarle, rasgos que Polibio intenta destacar en todo momento. Un ejemplo de esto lo encontramos en los momentos previos a la batalla de Trebia. (*III, 69, 1-8*)

atacarte por la retaguardia no era la mejor opción. Para él, la lucha no era contra los italianos sino contra los romanos, por lo que era normal que dejara libres y en paz a los aliados de éstos con el fin de ganarse su favor (*III, 77, 3-7; III, 85, 3-4*).

La admiración hacia el cartaginés es más que plausible en este fragmento. La fascinación por Aníbal es tal que lo defiende incluso ante las diferentes opiniones de otros autores (*III, 47-48*), quienes plantearán que el general era un ser irracional e inhábil por haberse metido de lleno en una empresa imposible como la de cruzar los Alpes. Mientras que el resto de autores aducen a héroes y dioses con el fin de dar cabida a sus explicaciones, para Polibio es suficiente con Aníbal y su capacidad para llevar a cabo dicha empresa: Aníbal es el héroe y, como tal, no necesita de nadie más. Su defensa también va encauzada hacia sus acciones pues opina que muchas de las brutalidades que se le imputan son calumnias llevadas a cabo por sus enemigos puesto que el cartaginés obró en función de los acontecimientos, siendo estos los que le llevaron a actuar de formas crueles y poco convencionales (*IX, 24, 8*). Tanto la defensa como el enaltecimiento de Aníbal responden a la voluntad de acrecentar aún más la victoria romana, donde Aníbal era el más grande de todos los generales pero sus virtudes quedaron apagadas al centrarse en un enemigo de un calibre superior como era Roma. A pesar de todo, una vez derrotado en Zama, Polibio continúa alabando su figura racional capaz de dirimir ante el senado cartaginés como solo un gran hombre haría (*XV, 19*).

Es probable que el pasado militar de Polibio pudiera incidir en sus sentimientos hacia él, así como le ocurrirá posteriormente con el caso de Escipión. Ambos son personajes ilustres, pero si hay un matiz que los hacía destacar por encima de todo era su pericia en el campo de batalla, un ámbito que ambos dominaban a la perfección. En consecuencia es de entender que uno de los aspectos del carácter del general púnico que más alaba el escritor de Megalópolis es la proeza de que su ejército estuviera formado por gente de diferente procedencia y que todos ellos, a pesar de tener un origen y una lengua distintos, no cesaran en su intención de obedecerle (*IX, 19*). Polibio lo ciega que Aníbal disponía de un ejército formado por bárbaros en su mayoría (no lo dice directamente pero se puede intuir) siendo capaz de mantenerlos bajo su mando de forma incondicional alcanzando grandes gestas con una hueste tan heterogénea.

Así mismo en este fragmento hallamos varias menciones directas de bárbaros. Como ya dijimos en el apartado anterior, la utilización del término en la obra de Polibio tiene la intención de denigrar a un individuo o pueblo (Martínez López 2010: 112) dejándolo en clara inferioridad frente al resto. En este caso, la denominación que realiza el autor hace referencia a los galos indígenas de la zona del Ródano, mención enfocada al hecho de que estos sean presentados como hostiles hacia ellos. Dicha denominación contrasta con la narración de Tito Livio acerca del mismo episodio³⁹ quién, intentando mostrar una mayor objetividad, en ningún momento equipara a los galos con los bárbaros. Es sabido que el autor latino bebió fuertemente de la obra polibiana, sin embargo, sus intenciones para este fragmento son claramente distintas a las presentadas por el heleno. Es una constante a lo largo de la obra en referirse como bárbaros a aquellos pueblos considerados enemigos o traidores, tanto para Cartago

³⁹ *Liv. XXI, 27-28.*

como para Roma, otra muestra más de esa equiparación a la que nos referíamos donde ambas potencias obtienen el rol principal alrededor de las cuales se vertebran las diferentes alteridades.

Aquí se habla de un grupo de bárbaros reunidos en la otra orilla del río: son bárbaros desde el punto de vista de que son enemigos de Cartago. Sin embargo, no es un calificativo general pues existen distintas situaciones en que se utilizaran otro tipo de denominaciones para estos mismos galos. Es paradigmático el caso del intercambio de información entre Aníbal y algunos reyes galos (*III, 44, 5-9*)⁴⁰ donde se habla de galos e incluso se les nombra por su título por ser presentados como aliados de los cartagineses, llevando al autor a tratarlos con un tono más respetuoso. Ocurrirá lo mismo cuando hable de los galos habitantes de las llanuras del Po (*III, 60, 10-11*) o de los auxiliares que formaban parte del ejército de Aníbal quienes, al estar del bando cartaginés, no estaban considerados como bárbaros.

En cuanto al tema de la traición disponemos de muchos ejemplos⁴¹ de los que podemos destacar uno en concreto:

“Aníbal estableció allí su campamento, aguardó un día y se puso de nuevo en marcha. En las jornadas siguientes condujo con seguridad su ejército hasta cierto punto, pero en el día cuarto se volvió a ver expuesto a grandes riesgos. En efecto, los que habitaban los lugares por los que pasaba tramaron de común acuerdo un engaño y le salieron al encuentro con coronas y ramos de olivo, lo cual entre casi todos los bárbaros es señal de amistad, al igual que el caduceo entre los griegos⁴². Tales lealtades no acababan de convencer a Aníbal, e intentaba con sumo cuidado averiguar sus intenciones y su entero propósito. Ellos afirmaron que conocían bien la toma de la ciudad y la ruina de los que habían intentado dañarle, y le aclararon que estaban allí por esto, porque no querían hacer ni sufrir nada malo; le prometieron, además, que le entregarían rehenes. Durante mucho tiempo Aníbal anduvo precavido y desconfiaba de lo que le iban diciendo. Con todo, calculó (que si aceptaba) aquellos ofrecimientos, quizás convertiría en más cautos y pacíficos a los que se le habían presentado, pero que si no los aceptaba, los tendría por enemigos declarados. Se avino, pues, a lo que le decían, y simuló aceptar aquellas amistades.

Los bárbaros entregaron los rehenes, aportaron rebaños en abundancia y, en suma, se entregaron sin reservas ellos mismos en sus manos, de modo que Aníbal y los suyos acabaron por creer tanto en ellos que les tomaron por guías en los lugares difíciles que iban a seguir. Los bárbaros, pues, les guiaron durante dos días, y entonces una masa de bárbaros que les iba siguiendo les ataca cuando cruzaban un desfiladero difícil y escarpado.” (*Pol. III, 52*)

Como podemos observar, en este fragmento son numerosas las veces que se hace hincapié en el bárbaro, presentado ya desde un principio como traidores. Si analizamos con cautela el fragmento vemos que Polibio utiliza dos fórmulas para referirse a estos indígenas. Por un lado los llama bárbaros, pues son traidores, planean un engaño contra el cartaginés e incluso llegan a atacarle mientras cruzaba por un paso angosto. Por el contrario también les denomina “los que habitaban los lugares por los que pasaban” en el momento en que éstos van a presentarles sus respetos en señal de amistad. La diferencia entre ambos radica en las acciones que

⁴⁰ También Tito Livio menciona a estos reyezuelos: *XXI, 24, 3*; *XXI, 29, 6*.

⁴¹ En *III, 49, 2* por ejemplo habla de unos bárbaros más allá del Ródano los cuales eran muchos y muy traidores. A lo largo del viaje a través de los Alpes encontramos otras referencias del mismo tipo como por ejemplo *III, 50, 2*; *III, 50, 5*; *III, 60, 9-10*; etc. También los iberos forman parte de este grupo como el caso de Abílix (*III, 98, 1-4*) quien tras replantearse su situación con los cartagineses decide optar por la vía romana. Será por este motivo que Polibio denomina su estratagema “digna de un ibero y de un bárbaro”, pues no estaba cometiendo sino traición.

⁴² Ejemplo de transposición en la obra de Polibio donde utiliza un elemento de origen griego (el caduceo) con el fin de explicar el significado de un gesto de amistad bárbaro basado en la entrega de coronas y ramos de olivo. Sigue la teoría propuesta por Moreno Leoni (2012: 67-68) donde las *Historias* habrían estado destinadas, principalmente, hacia un público de origen griego.

planean llevar a cabo, los traidores son bárbaros sin más mientras que para aquellos que se presentan con buena voluntad utiliza denominaciones más neutras.

La barbarie se consideraba un estado inferior para el cual se desarrollaron diferentes mecanismos que permitieran una salida de la misma. El más conocido era la llamada romanización, donde una adopción de los modos de vida romanos y de la cultura romana podía acabar con dicha barbarie. El propósito de alcanzar un nivel superior es algo innato en el ser humano y, Aníbal, como tal lo tenía muy cuenta.

“Tras su entrada, acampó en las mismas estribaciones de los Alpes, y de momento procuró que sus tropas se repusieran. Todo su ejército estaba en una situación lamentable no sólo por las ascensiones y descensos y por las penalidades de la travesía; la escasez de víveres y los nulos cuidados corporales lo habían deteriorado enormemente. Ante estas privaciones y lo continuo de las calamidades muchos se habían desmoralizado por completo. Las dificultades del terreno habían imposibilitado a los cartagineses transportar provisiones abundantes para tantas decenas de millares de hombres, e incluso se perdió la mayor parte de lo que acarreaban cuando perdieron las acémilas.

Cuando cruzó el Ródano, Aníbal tenía unos treinta y ocho mil hombres de infantería y más de ocho mil jinetes, pero en los pasos perdió casi la mitad de las fuerzas, como apunté más arriba. Los supervivientes tenían algo de salvajes en su aspecto y en su comportamiento, como consecuencia de la continuidad de las penalidades aludidas. Aníbal puso mucha atención en su cuidado, y recuperó a sus hombres tanto en sus cuerpos como en sus espíritus. Hizo igualmente que se repusieran los caballos.” (*Pol. III, 60, 2-7*)

El texto anterior debe entenderse desde una posición dual. Mientras que en una primera pasada simplemente nos está dando a entender la necesidad que tiene un ejército de reponerse tras una larga travesía, permitiéndoles estar preparados para las futuras batallas que se puedan encontrar, si analizamos con más cautela, son líneas impregnadas con ciertas trazas de alteridad, especialmente el segundo párrafo.

Destaca la frase “tenían algo de salvaje en su aspecto y su comportamiento”. Imaginamos que tras una dura travesía como la descrita, las tropas de Aníbal reunirían toda una serie de características: tendrían el pelo y la barba larga, irían sucios y presentarían un comportamiento poco civilizado; particularidades que con el paso del tiempo se fueron convirtiendo en tópicos del bárbaro. Polibio lo utiliza aquí como tal, y los describe por su apariencia y su comportamiento, haciendo aún más importante la atención de Aníbal hacia ellos en su cuidado, buscando su recuperación tanto en cuerpo como en espíritu. Intuimos, por tanto, que la intencionalidad de Aníbal es doble: la de recuperar a su ejército para la lucha pero también la de recuperarlos como personas⁴³. Los que llegan de la travesía no parecen personas, son salvajes y por tanto era necesaria su recuperación.

Considerando que para Polibio Roma era la civilización, no es de extrañar que no sea esta la única vez en que Aníbal busque un acercamiento hacia aquellos medios y costumbres que les eran beneficiosos. El cartaginés es presentado como un ser civilizado, que cuida muchos aspectos, no solo la apariencia de sus hombres. A modo de ejemplo, el general cartaginés equipará a sus africanos con el armamento romano requisado en las batallas disputadas en Italia (*III, 87, 3*) pues valora positivamente la forma de luchar de los romanos, especialmente en cuanto a sus medios técnicos. En la descripción de su ejército en la batalla de Cannas (*III, 114*) se habla de cómo los

⁴³ También Tito Livio (*XXI, 39,1*) utiliza la denominación de salvajes para referirse a las tropas cartaginesas una vez cruzados los Alpes.

africanos iban armados a la romana mientras que los íberos y los galos vestían túnicas delgadas o incluso iban desnudos. Lo interesante aquí es el tratamiento que se da de dichas prácticas. Mientras que la adopción del armamento romano se considera un acercamiento a la cultura romana y, por tanto, un signo de civilización, el combatir desnudos o con una simple túnica son elementos que en otras circunstancias se habrían podido considerar del todo bárbaros. Aquí, sin embargo, se reitera el hecho de que tanto los íberos como los galos forman parte de las filas de Cartago, son aliados y, por tanto, son tratados con respeto. Ahora bien, contrasta con la descripción de la forma de luchar de las caballerías íbera y gala en la misma batalla, donde se dice que estos combatían a la manera bárbara ya que descabalgaban de sus monturas y establecían duelos individuales (*III, 115, 2-4*). Al igual que anteriormente, estamos ante una costumbre extraña y desconocida para Polibio pero que, en este caso, sí que denomina bárbara, muy probablemente llevado por su preparación y experiencia militar que le permitía aceptar que los soldados peleasen sin armadura pero no reconocer una forma de utilizar la caballería tan extravagante. De esta forma Aníbal asumía que sus victorias frente a los romanos fueron debido a una mala dirección de los generales romanos ya que en todo lo demás los romanos estaban más avanzados⁴⁴.

5.4.2.- REFERENCIAS DIRECTAS CONTRA LOS PÚNICOS

Existen otro tipo de referencias de alteridad cuyo enfoque se centra directamente en el bando cartaginés, particularmente en la figura del propio Aníbal. Como se ha dicho hasta ahora, aunque Polibio no utiliza el término bárbaro para referirse a los púnicos esto no hace que estén exentos de ciertas muestras de desconfianza e incluso de odio en algunos momentos.

Así, por ejemplo, durante su estancia en territorio galo Aníbal tuvo que echar mano de su magnífico ingenio usando una estratagema que le permitiese, a partir de disfraces y pelucas, pasar desapercibido entre los galos, pues los consideraba inconstantes y temía que pudiesen llevar a cabo algún ataque contra su persona (*III, 78, 1-5*). Cuando Polibio narra este episodio señala que se trataba de una estratagema “ciertamente fenicia”, en otras palabras, al autor le interesa resaltar que se trata de una artimaña fenicia, extranjera, ni griega ni romana, en vista que su utilización puede no ser del todo ortodoxa. La realidad de que no hable de un ardid típico de los bárbaros creemos que es motivado por ser una idea del propio Aníbal al que tanto admira, a pesar de que su intención es la de demostrar que es un acto digno de éstos. Polibio admira a Aníbal pero no deja de ser extranjero y, por tanto, en ocasiones deja entrever es suspenso hacia su persona y sus decisiones, como cuando el general decide emprender su viaje por Italia a través de zonas pantanosas, una decisión hacia la que

⁴⁴ Entre otros, este será uno de los principales motivos por los cuales Polibio continuará con sus alabanzas hacia Aníbal tras la derrota de Aníbal en Zama frente a Escipión (*XV, 15*), dejando claro que el general cartaginés había hecho todo lo posible y de la manera más adecuada para llevar a cabo la batalla siendo derrotado únicamente debido a la superioridad romana.

todos sus hombres mostraron reservas pero que Polibio define como una empresa habitual en la naturaleza de Aníbal (*III*, 78, 7-8).

Algo parecido ocurre en la narración acerca de los hechos en la Península Ibérica mientras Aníbal continuaba su andadura italiana:

“Los generales cartagineses tras haber vencido al enemigo, no lograron vencerse a sí mismos. Creían que la guerra contra los romanos había concluido y se enzarzaron en peleas entre ellos, acuciados por la ambición y el afán de dominio, verdaderamente innatos en los cartagineses.” (*Pol. IX*, 11, 1-2)

Aquí Polibio arremete directamente contra los cartagineses. Bien es cierto que no los tacha de bárbaros, pero sí que les atribuye características propias de estos. Uno de los rasgos principales del bárbaro es que se deja guiar por sus pasiones, son ignorantes y carentes de razón. Es por este motivo que los generales cartagineses aquí, ya sea debido a su falta de perspectiva, a su falta de razón o, como indica el heleno, a su voluntad innata, optan por continuar con el saqueo y la conquista sin tener en cuenta las consecuencias que estas puedan tener para ellos en un futuro.

Por último, dispondremos de un fragmento donde Escipión realiza la presentación de sus argumentos acerca de porqué los romanos habían llegado hasta las tierras africanas y donde, de forma más que explícita, se denomina traidores a los cartagineses:

“Éstas fueron las palabras de Aníbal. Y tal fue la réplica de Escipión: «Resulta claro y notorio que no fueron los romanos, sino los cartagineses los culpables de la guerra de Sicilia y de la de España. Y el que mejor lo sabe eres tú mismo, Aníbal, aunque también dieron fe de ello los dioses, que concedieron la victoria no a los agresores injustos, sino a los que les repelían.

Conozco no menos que cualquiera los vuelcos de la fortuna y, en cuanto depende de mí, tomo en consideración la incertidumbre de las cosas humanas. Si te hubieras retirado de Italia y hubieras propuesto esta solución antes de que los romanos pasáramos al África, creo que tu esperanza no se hubiera visto defraudada. Pero tú te retiraste de Italia muy a tu pesar; nosotros hemos cruzado el mar hasta el África y nos hemos adueñado del campo abierto; es evidente que la situación ha experimentado un cambio profundo. Y lo principal: ¿para qué hemos venido? Derrotados tus conciudadanos, a petición suya suscribimos unos pactos grabados, en los que, además de lo que tú has mencionado, constaba que los cartagineses nos restituirían los prisioneros romanos sin rescate alguno, que nos cederían las naves ponteadas, que nos abonarían quince mil talentos y que nos darían rehenes en fianza de todo esto. Así fueron las condiciones bajo las que pactamos, de común acuerdo. Y ambos bandos enviamos emisarios a la asamblea y al senado de Roma: nosotros para confirmar la ratificación de este pacto, y vosotros para rogar que fuera aceptado en los términos establecidos. El senado se mostró conforme y la asamblea popular lo corroboró.

Pero, una vez tuvieron lo que pedían, los cartagineses lo despreciaron y nos hicieron traición. ¿Qué solución nos queda? Ponte en mi situación y dilo tú. ¿Vamos a suprimir las condiciones más onerosas de entre las estipuladas? Esto sería premiar a tus conciudadanos por su perfidia y enseñarles a continuar traicionando a sus bienhechores. ¿O bien debemos esperar que si alcanzan lo que pretenden nos demostrarán su gratitud? ¡Pero si tras pedir y lograr lo que nos rogaban, así que depositaron en ti una mínima esperanza, ya nos han tratado como rivales y adversarios! Si ahora añadiéramos alguna condición todavía más onerosa, podríamos proponerla a la asamblea de Roma para su aprobación; si suprimiéramos algo de lo estipulado, no tendría ningún sentido comunicar esta entrevista a Roma. ¿Cómo debo concluir mis palabras? O bien poned vuestra patria y vuestras personas a nuestra disposición, o vencednos en la batalla.” (*Pol. XV*, 8)

Polibio pone aquí directamente, en boca de Escipión, cómo los cartagineses se habían convertido en traidores desde el momento en que rompieron los pactos

establecidos, en una alusión hacia la *punica fides*⁴⁵, famosa entre los antiguos⁴⁶. Al romper con su palabra estaban actuando al igual que lo hacen los bárbaros aunque en el relato, siguiendo la misma línea utilizada durante toda la obra con referencia a los púnicos, no se les denomine como tales⁴⁷. En estas líneas se condensan dos aspectos característicos de la alteridad: la traición y la enemistad; ambos presentados como argumentos suficientes para el enfrentamiento entre ambas facciones. Los romanos se consideraban hombres de honor y de palabra pero los púnicos habían roto con todos sus esquemas y, como ya dijimos, el bárbaro es un ser inferior el cual debe ser vencido y sometido. Hasta el momento los cartagineses habían gozado de un status especial, equiparable al de los romanos, pero a partir de este momento todo lo anterior ha quedado disuelto. Los cartagineses se han convertido en los bárbaros y, como tales, debían ser aniquilados.

5.4.3.- REFERENCIAS A TRAVÉS DEL MUNDO ROMANO

Otro de los puntos de vista desde los que Polibio trata el tema de la alteridad hacia el mundo púnico es a partir de la comparación con los romanos, pues éstos son todo aquello que los cartagineses nunca llegarán a ser. Mediante un ejercicio de exaltación destaca aquellas características de Roma que les hacen superiores, dejando así a los cartagineses relegados a un nivel inferior.

Ya desde su derrota en la Primera Guerra Púnica y a pesar de esa cierta equiparación en la narración con los romanos de la que hemos venido hablando, siempre se les ha considerado inferiores, especialmente en el campo de batalla. Así, por ejemplo, lo encontramos en los acontecimientos posteriores a la Batalla de Ticino (*III, 68, 9-11*), derrota que, según nos explica el autor, no se alcanza a ver como tal en Roma pudiendo entrever que era inconcebible perder contra los cartagineses por ser considerados inferiores a los romanos. Ya habían sido derrotados anteriormente por lo que era necesario buscar todo tipo de excusas que explicasen tal derrota. No es el único caso en que Polibio utilice este tipo de excusas para esclarecer las derrotas sufridas. Como hombre versado en el arte militar, pone mucho énfasis en la inutilidad y los grandes errores cometidos por los generales romanos en las sucesivas derrotas de Italia (*III, 81*). Polibio está convencido de la superioridad romana en el campo de batalla por lo que para él las victorias cartaginesas no fueron si no fallos cometidos por los generales romanos. A modo de ejemplo disponemos de la derrota de las tropas de Marco Minucio frente a Aníbal (*III, 105*) donde la precipitación del general se vio compensada por la organización y disciplina romanas mediante las cuales se salvaron

⁴⁵ Locución latina que hacía referencia a la falta de palabra y de fidelidad de los cartagineses. Los romanos veían a los cartagineses como enemigos, traidores y sospechosos, llevándoles a realizar todo tipo de acciones propagandísticas en contra de ellos.

⁴⁶ Encontramos otras menciones de este fenómeno en *Diodoro Sículo, Biblioteca histórica*, V, 38, 3 o en *Liv. XXX, 22, 6* donde se hace mención de la falta de honor de los cartagineses al enviar al Senado romano embajadores demasiado jóvenes.

⁴⁷ La narración de Tito Livio del mismo suceso (*XXX, 31*) sigue la misma línea planteada por Polibio: señala a los cartagineses de traidores y culpables del inicio de la guerra.

la mayor parte de vidas. De hecho, será por este motivo que Aníbal decida retirarse a ver el estado íntegro y ordenado del ejército romano.

Como hemos referenciado más arriba, para Polibio Roma era superior en todos los ámbitos, esforzándose continuamente en demostrarlo mediante todo tipo de pretextos que justifiquen sus acciones. Considera que los romanos son los portadores de la civilización lo que los lleva continuamente a realizar actos de bondad y magnanimidad, como entregar los hijos rehenes a los íberos (*III, 99, 7*) o tratar a sus aliados como amigos o vecinos (*X, 36*), acciones que contrastan fuertemente con la desconfianza y dureza cartaginesa, capaz de tratar despóticamente tanto a sus rehenes como a sus propios aliados. Su disposición es tal que, en ocasiones, llega a justificarse ante prácticas que podrían considerarse poco ortodoxas:

“[...] envió según la costumbre de los romanos, a la mayoría contra los de la ciudad, con la orden de matar a todo el mundo que encontraran, sin perdonar a nadie; no podían lanzarse a recoger botín hasta oír la señal correspondiente. Creo que la finalidad de esto es sembrar el pánico. En las ciudades conquistadas por los romanos se pueden ver con frecuencia no sólo personas descuartizadas, sino perros y otras bestias.” (*Pol. X, 15, 4-5*)

Su descripción del proceso con total normalidad nos induce a pensar que se trataba de un método utilizado comúnmente durante el transcurso de las guerras. Aun así, lo que más nos llama la atención es que, probablemente, estas mismas acciones en manos de cualquier otro hubieran sido tildadas de actos de barbarie.

Si para Polibio Roma era la civilización, Escipión era su adalid. Es su héroe, el general romano por excelencia y el único capaz de vencer a Aníbal⁴⁸. Aníbal es muy bueno pero Escipión es mejor⁴⁹. Por eso, a lo largo de su obra, pone mucho énfasis en exhortar y alabar la figura de este personaje romano por ser el contrapunto de Aníbal, defendiendo todas y cada una de las acciones que el general llevase a cabo. El relato de la Segunda Guerra Púnica está enfocado a su figura, todo se ha preparado para su aparición en escena de tal forma que su entrada sea del todo triunfal: es el salvador de Roma.

De todas las referencias hechas por Polibio hacia su persona y sus actos, hemos destacado tres momentos que consideramos clave a la hora de mostrar la forma correcta de hacer las cosas en comparación al modo de actuar de los cartagineses.

En primer lugar, mientras que el mundo de la barbarie se caracteriza por ser desordenado y caótico, el mundo romano es ordenado y civilizado. Por este motivo Polibio realiza una extensa digresión acerca del reparto del botín así como del trato a los prisioneros tras la victoria de Cartago Nova (*X, 16-19*). Si atendemos a sus palabras, estamos ante una demostración del saber hacer romano que instruye a sus lectores de cuál es la forma correcta de llevar a cabo tales empresas. Polibio elogia la forma de coordinar dichas acciones por parte de Escipión, demostrando que solo él hubiera sido capaz de realizarlas con tal firmeza y acierto. Como decíamos, hasta ahora Polibio solo se había centrado en explicar los métodos utilizados por los otros,

⁴⁸ Al inicio del libro X (*X, 2*) el autor dedica toda una sección en describir y alabar el carácter y la figura de Publio Cornelio Escipión, el héroe romano que venció al gran Aníbal, digresión posiblemente motivada por la existencia de una fuerte campaña contra el general romano en época de Polibio.

⁴⁹ Al igual que ocurría con Aníbal (véase nota 45), Polibio (*X, 9, 2-3*) critica mucho la opinión de otros historiadores que inciden en que la victoria de Escipión en Cartago Nova fue obra divina y no la pericia y la audacia del hombre lo que le llevó a la victoria.

fórmulas que a su parecer no eran las adecuadas pero ahora, con la figura del general disponía de una base sólida a partir de la cual establecer su discurso.

En íntima relación con lo anterior, Polibio pone especial ímpetu en dejar claro un aspecto que diferenciaba claramente a romanos y cartagineses: el trato a los emisarios (XV, 4-5). Mientras que el tratamiento por parte de Cartago era desacorde a los cánones establecidos hasta el punto que llegan a atacarles, Escipión les recibe con un trato digno de un romano, les muestra su campamento y les induce a que informen a Aníbal de todo lo que han visto y del trato que han recibido⁵⁰. Para el autor este trato es vital pues es lo que diferencia un ser civilizado de un bárbaro. En contrapunto se presenta la actitud de Aníbal quien, en función de su personaje como el más grande los cartagineses y al ver la magnanimidad del general romano decide establecer negociaciones con él, pues eran dos personas muy parecidas.

El último episodio hace referencia a una treta llevada a cabo por Escipión:

“Cuando lo tuvo todo ya dispuesto para la operación inminente, Escipión dejó en el campamento una guarnición idónea de hombres aptos para defenderlo; él tomó el mando de las fuerzas y avanzó al tiempo que acababa la primera vigilia; los enemigos distaban unos sesenta estadios. Se aproximó a ellos al acabar la tercera vigilia. Puso la mitad de las tropas al mando de Cayo Lelio y de Masinisa, y además todos los númidas, con la orden de atacar el campamento de Sifax. Exhortó a todos a ser hombres valientes y a no hacer nada al azar. Sabían muy bien que, en el mismo grado en que la oscuridad obstaculiza y priva de la visión, debían compensar sus efectos, en el asalto nocturno, mediante la audacia y la habilidad. Él mismo se puso al frente del resto del ejército y se lanzó contra Asdrúbal. Había calculado, sin embargo, no intervenir hasta que Lelio hubiera pegado fuego al campamento adversario. Lelio, que, naturalmente, tenía esta intención, hacía la progresión al paso. Sus hombres se habían dividido en dos grupos, que arremetieron simultáneamente contra el enemigo. Ya dije antes que aquellas tiendas estaban hechas como *ex profeso* para arder; así que los de vanguardia aplicaron el fuego, éste prendió en las primeras cabañas y el desastre se hizo al punto irremediable, tanto debido a la contigüidad de los pabellones como porque, además, había allí mucha madera acumulada.

Lelio y sus hombres se habían quedado a la expectativa y aguardaban; Masinisa, que conocía bien el terreno, había apostado a sus soldados en el lugar por el que intuía que se retirarían los que huirían del fuego. Ningún númida llegó a sospechar lo que ocurría, ni tan siquiera Sifax. Pensaban que el incendio de la empalizada había sido fortuito y salían a toda prisa de las tiendas sin recelar nada; unos ya se habían dormido y otros andaban todavía borrachos y bebiendo. En su mayoría perecieron aplastados por sus propios compañeros cuando intentaban salir a través de la empalizada; muchos también murieron abrasados, atrapados por las llamas. Los que consiguieron escapar del fuego dieron de frente con el enemigo y sucumbieron sin saber ni lo que hacían ni lo que les pasaba.

Los cartagineses veían la extensión del fuego y la altitud de las llamas. Creídos también de que la empalizada de los númidas se había incendiado fortuitamente, algunos acudieron al punto a prestar ayuda. Todos los demás salieron a toda prisa de su acampada y se quedaron delante de ella de pie, y sin armas, atónitos ante lo sucedido. A Escipión las cosas le salían a pedir de boca. Cayó sobre los que habían salido, mató a unos, acosó a los restantes y pegó fuego a las tiendas. Con esto, el fuego y las circunstancias causaron a los cartagineses el mismo desastre que reseñé de los númidas. Asdrúbal desistió inmediatamente de intentar sofocar el incendio, pues por lo que ocurría conoció que el fuego del campo de los númidas no era fortuito, como al principio habían creído, sino que aquella calamidad era causada por planes muy audaces del enemigo. Buscaron inmediatamente la salvación, aunque les quedaban pocas esperanzas. El fuego se había propagado con extraordinaria rapidez y todo ardía ya por los cuatro costados; los caminos estaban atestados de caballos, de acémilas y de hombres, unos medio desmayados y con el cuerpo cubierto de graves quemaduras, otros como atontados y sin saber lo que se hacían. La situación era tal que los que acabo de enumerar obstaculizaban a los que querían hacer un esfuerzo supremo: la confusión y el revoltijo convertían su salvación en más que problemática. La

⁵⁰ Liv. XXX, 29, 2-3.

situación de Sifax y de sus oficiales no era distinta. Con todo, él y Asdrúbal, seguidos por unos pocos jinetes, consiguieron salvarse. Los hombres, las acémilas y los caballos restantes, que se contaban por millares, perecieron de manera desventurada y miserable. Algunos de estos hombres, que habían logrado eludir la virulencia del fuego, perecieron, llenos de oprobio y de vergüenza, sin armas e, incluso, sin vestidos, a mano del enemigo. En una palabra, todo el paraje estaba lleno de lamentos, de gritos, de un clamor desconcertante, de miedo, de un fragor pavoroso, de un gran incendio de llamas devoradoras, cosas de las cuales una sola sería suficiente para horrorizar la naturaleza humana, y mucho más esta mezcla inopinada de tales elementos. Lo que allí sucedió ningún mortal podría describirlo ni aun en el caso de que echara mano de todo su poder de exageración... ¡Tanto excedía en atrocidad a todos los sucesos ya descritos! Escipión, ciertamente, llevó a cabo muchas y preclaras hazañas, pero ésta me parece la más espléndida y extraordinaria de las que realizó.” (*Pol. XIV, 4-5*)

Lo interesante de este episodio es el elogio que Polibio lleva a cabo de la treta pautada por el general romano. Escipión, haciendo uso de su ingenio, decide prender fuego a los campamentos enemigos llegada la noche con el fin de causar el caos entre sus filas, de tal forma que esto le permitiera dar un golpe de efecto suficientemente fuerte. Este elogio, pero, no se entiende si atendemos a las palabras que el propio autor de Megalópolis refiere en un libro anterior acerca de esta forma de luchar:

“Los antiguos distaban mucho de estos sistemas. En efecto: les era tan extraña la idea de perjudicar a los amigos para acrecentar así sus dominios, que ni tan siquiera se avenían a triunfar de los enemigos mediante engaños. Estaban convencidos de que no había victoria espléndida ni segura, sino se atacaba abiertamente al adversario y se le derrotaba con coraje. Tanto es así, que convinieron en no usar, en las peleas de unos contra otros, ni armas secretas ni arrojadas a distancia; consideraban que únicamente la lucha cuerpo a cuerpo, en formación cerrada, podía dirimir verdaderamente las diferencias. Entre ellos había siempre una declaración previa de guerra; indicaban el tiempo en que pensaban trabar la batalla y el lugar hacia el que salían en formación. Ahora, en cambio, se dice que es propio de un general inexperto operar, en la guerra, a la vista de todos. Entre los romanos queda todavía una leve traza de aquella mentalidad antigua en lo referente a la guerra, pues la declaran, usan muy poco de emboscadas y luchan cuerpo a cuerpo, en formación cerrada.” (*Pol, XIII, 2-8*)

Para el propio Polibio, la utilización de este tipo de tretas y artimañas se salen de los cánones establecidos para la buena realización de la guerra, cuyas victorias son consideradas del todo indignas. A partir de sus palabras extraemos cómo éstas eran las formas de pelear que utilizaban los bárbaros, pues una sociedad civilizada no optaría por tales ardides. Los verdaderos hombres se enfrentan en campo abierto y en lucha cuerpo a cuerpo y no mediante emboscadas ni acciones parecidas. El atractivo por tanto del pasaje es cómo, a pesar de utilizar este tipo de argucia para diezmar al ejército contrario que como hemos visto se considera del todo indigna, el simple hecho de haber sido llevada a cabo por mano de Escipión la convierte en lo que el propio Polibio denomina su hazaña más espléndida y extraordinaria.

A partir de este fragmento podemos dirimir cómo la visión del autor varía en función del prototipo que tenga delante. Mientras que ciertas acciones son consideradas signos de debilidad e inferioridad en manos ajenas, en manos romanas éstas se convierten en herramientas cien por cien efectivas y legítimas motivo por el cual que creemos necesario tratar con sumo cuidado este tipo de referencias de alteridad ya que pueden llevarnos a confusión.

6.- CONCLUSIONES

A lo largo de nuestro estudio hemos viajado a través de la historia de la alteridad, donde el bárbaro era nuestro punto de referencia, figura que nos ha parecido siempre muy interesante debido a su complejidad y el abanico de posibilidades que ésta permite.

El bárbaro, como tal, debe ser entendido como la representación de lo desconocido, la explicación racional para aquello que no se conoce. Al igual que los antiguos griegos desarrollaron toda una serie de mitos cuyo fin no era otro que dar una explicación a los sucesos naturales (como el paso del día a la noche por ejemplo), el bárbaro permitía englobar en un mismo grupo a todos aquellos pueblos poco o nada conocidos otorgándoles de esta forma un nombre común que los diferenciase. Hablamos de una idea guiada por la necesidad intrínseca del ser humano de dar explicación a aquello que no conocemos. El problema surge porque lo desconocido suele ser normalmente objeto del miedo, un temor que a su vez acaba derivando en una xenofobia y en fuertes diferenciaciones sociales.

A raíz del desarrollo de nuestro análisis acerca de la presencia de esa alteridad en la descripción de la Segunda Guerra Púnica realizada por Polibio hemos podido sacar a la luz algunas conclusiones:

1. La visión polibiana acerca de la alteridad no puede considerarse homogénea ya que ésta varía en función del punto de vista en que se centre. El heleno centra continuamente su relato en Roma o en Cartago como ejes centrales a partir de los cuales genera una alteridad con respecto a ellos. En otras palabras, existen características o acciones que en manos romanas, por ejemplo, son consideradas normales o banales mientras que las mismas, en manos de otros actores, adquieren un nuevo sentido y se contemplan como de origen bárbaro.
2. La equiparación llevada a cabo por Polibio entre cartagineses y romanos es probable que sea motivo de un intento de acrecentar al enemigo que en tantos apuros puso a Roma y al que finalmente acabó venciendo. De esta forma la victoria romana adquiriría un grado de importancia mucho mayor.
3. Polibio no genera una línea de alteridad para la sociedad cartaginesa sino que utiliza esta como eje central de su discurso, generando a partir de ella sus perspectivas de alteridad. La no utilización del término bárbaro para referirse a ellos denota tal importancia, aunque bien es cierto que existe la posibilidad de una fuerte influencia por parte de las fuentes utilizadas para la redacción del texto a la hora de no utilizarlo. En este sentido, un uso de fuentes filo-púnicas habría sido el desencadenante de tal omisión. A pesar de todo, debemos destacar que en todo momento existe un remanente de recelo y desconfianza hacia los mismos pues Polibio, aunque les tiene mucho respeto e incluso admiración, no olvida en ningún momento que está tratando con un enemigo de Roma.
4. En época romana se tenía consciencia de la existencia del “otro”, pero sí que es cierto que llegados a este momento hemos podido observar una clara superación de la polaridad tradicional griego/romano-bárbaro generada en la antigua Grecia clásica. Los romanos ven en la adopción de sus costumbres y de sus modos de vida una vía de integración que permitía salir de esa barbarie. Ésta ahora es un estado el cual podía ser abandonado y los cartagineses eran un claro ejemplo de ello: se les trata con igualdad en muchos casos e incluso se hace hincapié en las numerosas ocasiones que llevan a cabo acciones que los acercan al mundo romano. Polibio está convencido de la superioridad romana: Roma era la luz que iluminaba la oscuridad en la que estaba sumido el

mundo pero de la cual se podía salir.

En definitiva, las *Historias* de Polibio y su visión del mundo púnico son una muestra de esa evolución a la que estaba expuesta la idea de alteridad. Como decíamos al principio de estas líneas, la alteridad puede considerarse como una forma de explicar lo desconocido, elemento muy presente en la Antigüedad. A su vez, es un método utilizado a modo de justificación de todo tipo de actos guiados por la idea de que el bárbaro es inferior, motivo por el cual debía ser conquistado y dominado. Podemos concluir, por tanto, que la alteridad, tal y como la presenta Polibio, debe entenderse como una herramienta de control necesaria para el mantenimiento de toda la infraestructura administrativa y militar precedente a la poderosa maquinaria del Imperio Romano.

7.- BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA, T. (2011): "La utopía del bárbaro. Imágenes idealizadas del pasado prerromano en la España contemporánea". *El Futuro del Pasado: revista electrónica de historia*, 2 (Ejemplar dedicado a: Razón, Utopía y Sociedad), pp. 371-387.
- ALONSO TRONCOSO, V. (1988): "Neutralismo y desunión en la segunda Guerra Médica" en Pereira, G. (ed): *Actas del Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela, pp. 55-70.
- AMES, C. (2004): "La construcción del bárbaro en la obra de Julio César". *Auster*, 8-9, pp. 111-125.
- ANDREU PINTADO, J. (2009): "*Regere imperio populos pacique imponere morem*: sobre la alteridad, la etnicidad y la identidad en Roma". *Espacio, tiempo y forma*. Serie II, Historia antigua, nº 22, pp. 213-225.
- BURNS, T. S. (2003): *Barbarians, 100 BC - AD 400*. London.
- CARDETE DEL OLMO, M^a C. (2011): "El valor de la propaganda en la construcción del enemigo. Atenas y las guerras médicas." *Grecia ante los Imperios: V Reunión de historiadores del mundo griego / coord. por Juan Manuel Cortés Copete, Elena Muñiz Grijalvo, Rocío Gordillo Hervás*, pp. 119-130.
- CASTELLANOS, S. (2006): "Bárbaros y cristianos en el Imperio tardorromano. La adaptación de la intelectualidad cristiana occidental. *Studia historica*. Historia antigua, 24, (Ejemplar dedicado a: Cristianismo y poder en la antigüedad), pp. 237-256.
- GARCÍA, M. (2007): "Los bárbaros y el bárbaro: identidad griega y alteridad persa." *Faventia*, 29, Fasc. 1, pp. 33-49.
- GONZÁLEZ BALLESTEROS, I. (2009): "El estereotipo del bárbaro y la imagen de la civilización en el occidente romano en la Geografía de Estrabón". *Espacio, tiempo y forma*. Serie II, Historia antigua, 22, pp. 249-260.
- GUZMÁN ARMARIO, F.J. (2003): "El "relevo de la barbarie": la evolución histórica de un fecundo arquetipo clásico". *Veleia: Revista de prehistoria, historia antigua, arqueología y filología clásica*, 20, pp. 331-340.
- HALL, E. (1989): *Inventing the Barbarian. Greek Self-Definition through Tragedy*. Oxford.
- HARTOG, F. (1980): *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París.
- LIZZI TESTA, R. (2013): "Los bárbaros y el imperio: antigua y nuevas perspectivas historiográficas" (Trad. a cargo de María Emma Barbería). *De Rebus Antiquis*, 3, pp. 71-93.

- MARTÍNEZ LÓPEZ, E.J. (2010): "Descifrando el código polibiano en lo relativo a los bárbaros". *ARSE (Boletín del centro arqueológico saguntino)*, nº 44, pp. 85-127.
- MORENO LEONI, A. (2012): "Interpretando el mundo romano: retórica de la alteridad, público y cultura griega en las *Historias* de Polibio". *Gerión*, vol. 30, nº 1-2, pp. 63-90.
- PELEGRÍN CAMPO, J. (2004): "Tradición e innovación en la imagen polibiana del bárbaro". *Studia historica. Historia antigua*, nº 22, (Ejemplar dedicado a: Identidades y culturas en el Imperio Romano), pp. 43-62.
- SÁNCHEZ MORENO, E.; AGUILERA DURÁN, T. (2013): "Bárbaros y vencidos, los otros en la conquista romana de Hispania. Notas para una deconstrucción historiográfica". *Debita verba: estudios en homenaje al profesor Julio Mangas Manjarrés / Rosa María Cid López (ed. lit.), Estela Beatriz García Fernández (ed. lit.)*, Vol. 1, pp. 225-244.
- SANTIAGO, R. A. (1998): "Griegos y bárbaros: arqueología de una alteridad". *Faventia*, nº. 20, Fasc. 2, (Ejemplar dedicado a: Homenatge a M. Balasch), pp. 33-44.
- SANZ, R. (2009): "Hispania, el Imperio y los Bárbaros. Aspectos generales de una investigación interdisciplinar". *Mainake*, 31 (Ejemplar dedicado a: La investigación sobre la Antigüedad Tardía en España: estado de los estudios y nuevas perspectivas), pp. 243-255.